Comedias

7112

Luis S. Torrecilla. *Caricatura de TOVAR*

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

Mi compañero el ladrón

50 CENTIMOS

NUM. 117 12 DE MAYO DE 1928 AÑO III

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26 MADRID Apartado 8.036

Una obra de Palacio Valdés

Mi Lectura Favorita inaugura su serie de publicaciones con un tomo debido a la pluma maestra del patriarca de las letras españolas D. Armando Palacio Valdés, y que lleva por título **El gobierno de las mujeres.** El prestigio literario de este insigne novelista nos releva de todo elogio. Compre usted **El gobierno de las mujeres** en elegante tomo de nutrida lectura al precio de **una peseta.**

Hollywood o La Ciudad del Cine

La novela más sensacional que se ha escrito acerca del *film*. Los tipos y figuras más sorprendentes de la pantalla desfilan por esta novela de costumbres cinematográficas. Es la obra del amor, del misterio y de la tragedia entre las grandes heroinas del arte mudo. Hollywood, la maravillosa ciudad, surge a los ojos del lector con la poderosa fuerza sugestiva de una evocación. Valentín Mandelstamm es el autor de esta magnífica y curiosísima novela, una de las grandes creaciones más recientes.

Lea usted el **Hollywood,** 2.° tomo de **Mi Lectura Favorita** que le ofrece a una peseta la EDITORIAL SIGLO XX.

Rodríguez S. Pedro, 26.—Apartado 8.036.—MADRID

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

Mi compañero el ladrón

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro Lara el 27 de diciembre de 1922

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL	Leocadia Alba.
SUSANA	Concepción Catalá.
ENCARNITA	Raquel Martínez.
MARIA	Matilde Armisén.
ENRIQUETA	Carmen Cuevas.
PETRA	Pilar Alenza.
DUQUE	Ricardo Simó-Raso.
DON TRINIDAD	José Isbert.
EL CONDE	José Balaguer.
RODRIGUEZ	Juan Benítez.
MARTIN	Pedro López-Lagar.
JOSE	Luis D. Luna.
POLICIA 1.º	Antonio Pérez Indarte.
POLICIA 2.º	Luis Fernández.
UN SERENO	Enrique Amyach.

La acción en Madrid. Epoca actual.

Trajes de otoño.

611718

ACTO PRIMERO

Alcoba elegantísima y muy coquetona en el hotelito de Susana, en la Ciudad Lineal.

Una puerta en la derecha y otra en un lado del foro. En la izquierda, ventana con reja, que da al jardín. Las vidrieras y contraventana, juegan.

Los muebles precisos son: Una cama de matrimonio con finas lencerías. Un armario de luna, un tocador, una chaise-longue, un velador, dos mesillas de noche y dos butaquitas.

Es de noche. Aparato de luz en el techo. Otro sobre la cama o en lamparitas sobre las mesillas.

También puede disponerse una alcoba al foro, comunicante con la habitación por ancho medio punto para que se vea bien la cama.

La escena aparece completamente a oscuras. Sólo entra alguna claridad por la ventana de la izquierda, cuyos cristales están cerrados.

Entra cautelosa y rápidamente el DUQUE, por el foro, llevando una linterna eléctrica. Registra la habitación. Se dirige hacia la puerta de la derecha, escucha un momento y retrocede. Va a la ventana. Abre los cristales y al ver los barrotes de hierro, que sacude con fuerza, lanza una maldición entre dientes. Se siente hablar a SUSANA por la derecha. El Duque, que es un distinguido apache, da un salto, duda, y se mete rápidamente debajo de la cama. Entra Susana por la derecha y hace girar la llave de la luz central, que estará junto a la puerta. Abre el armario, saca una bata o traje de casa, lo echa sobre la cama y oprime el timbre. Sale ENRIQUETA.

ENRI. ¿Llamaba la señorita?

SUSANA. Sí. Voy a desnudarme. El señorito no quiere que le acompañe ni a la estación siquiera. *(Comienza a quitarse el vestido, bien a la vista del público o bien tras un biombo o en la alcoba, si la decoración tiene dos habitaciones.)*

ENRI. ¿Ha terminado el señorito de vestirse?

SUSANA. No. Aun le falta bastante.

ENRI. Voy a ver si necesita...

SUSANA. No te molestes. *(La actriz, si quiere, puede prescindir del detalle de cambiarse de traje, diciendo: «Voy a arreglarme un poco», lo que hace ante el tocadorcito.)*

ENRI. Es que yo creía...

SUSANA. No se puede entrar en el tocador... ¡Acaba de hacerme salir a mí!

ENRI. Con el debido respeto, señorita, permítame usted que le diga que es para intrigar a cualquiera esa manía que tiene el señorito de encerrarse en el tocador sin dejar entrar a nadie. Ayer me pidió un jarro de agua caliente y por tomármelo por la puerta entreabierta, por poco me coge la mano.

SUSANA. No me extraña tu curiosidad. También la he tenido yo; pero ya la he satisfecho. Como no quiero que estés preocupada, te diré que el señorito se tiñe...

ENRI. ¡Eso ya lo sabía yo!

SUSANA. ¡Y yo desde el primer momento! Pero no contento con engañarse a sí mismo, pretende engañar a los demás. Se encierra para teñirse y guarda el frasco de la tintura en la caja de caudales.

ENRI. ¡Qué rarezas! ¿Decididamente se va hoy?

SUSANA. Esta noche en el primer expreso. *(Enriqueta cuando termina de ayudar a Susana a cambiar de traje, dispone la cama quitándole la colcha, mullendo las almohadas, etc.)*

ENRI. ¿Y no consiente en dejarla a usted en San Sebastián mientras él va a París?

SUSANA. No. ¡Después de tener el equipaje hecho!... Cree que aquí estoy más vigilada y con menos peligro de un mal paso. *(Sonríe irónicamente.)*

ENRI. A mí me ha ofrecido cien pesetas si al regreso le cuento al detalle todo lo que ha pasado aquí. ¡Hasta me ha dado un librito para que lo anote hora por hora!...

SUSANA. Enriqueta, supongo que...

ENRI. ¡Señorita! ¿Por quién me ha tomado usted a mí? Yo soy incapaz de vender a las personas a quienes sirvo, ni de engañar a quien me paga.

SUSANA. ¿Has renunciado a llevar ese horario de espía?

ENRI. ¡Ca! Ni que fuese tonta. La señorita me lo dictará para que no nos coja en una mentira.

SUSANA. Me parece muy bien... Oye, puedes darte a arreglar el vestido de seda azul...

ENRI. Señorita, el azul no me sienta bien... Si le parece a usted daré a arreglar el de terciopelo.

SUSANA. *(Con disgusto.)* Si es capricho..., pero en medio de todo, lo mismo me da. Ahora me voy a hacer media docena de toilettes para empezar el invierno...

ENRI. ¿Sí? *(Se oye dentro la voz del Conde.)*

SUSANA. Calla. Ya ha terminado el señorito. *(Vase Enriqueta por la derecha y en seguida entra el Conde.)*

CONDE. *(Es un hombre de cuarenta y cinco años, tipo clásico de portugués, finchado, guapetón y presumido de elegante. Se*

ha teñido de negro azabache. Viste presuntuosamente para un viaje. Habla con acento marcadísimo y es ampuloso.) ¿Hay permiso para passar?

SUSANA. Por Dios, hombre. Pasa.

CONDE. Un nobre fidalgo portugués nao traspassa a porta do camarin de su namorada sin pedir licença.

SUSANA. ¡Lo que has tardado en vestirte!... Luego decís de las mujeres...

CONDE. Nao he tardado muito paes dificultades. Estaba despenteado. Tenía que mudar a roupa de calle per la de viajem y as botas dieron-me muito trabajo para abrocharlas por tener muito cenradas as casas de botaos. ¿Es que vuestra excelensa tiene impassiensa porque me marche?

SUSANA. León...

CONDE. ¡Oh, rapariga, mira ben lo que faces. Os condes do Castello das doze torres e doze pontes jamais permittieron manchas sobre su honor e si cayeron as lavaron con la sangue da mulher perjura.

SUSANA. Pero, León, creo que no haya motivo...

CONDE. Cala a bocca. Eu me ausento por dies o dose días e quiero llevar la tranquilidade de que eres fiel.

SUSANA. No has querido llevarme contigo a París...

CONDE. París es un logar de perdiçao, de galanteio. De costumes licenciossas. Ainda más, eu tengo que selebrar muitas e secretas conferencias con os elevados personajes monarquicos. Puede que vaya a cumplimentar a nosso egregio rei e non puedo facerme acompañar por mulher. Os condes do Castello das doze torres e doze pontes sempre fueron honestos e es proverbial sua boa reputaçao.

SUSANA. Pero podías, como tanto te he rogado, haberme dejado durante ese tiempo en San Sebastián al lado de mi hermana Concha.

CONDE. He dicho-te que nao. No me plase que te trates con tus hermanas. Son mulheres demasiado conhecidas. Todo o mundo tiene algo que dizer da Pepa de Sevilha e da Concha de San Sebastiao.

SUSANA. Por tus celos me condenas a vivir encerrada en un hotel de la Ciudad Lineal, adonde ahora que ha pasado el verano no se ve ni un alma.

CONDE. E confiançao en tu virtude nao me llevo as chaves da porta da cancella, pero... ¡Ah si me enganases! Los zelos muerden-me el alma. Si yo te susprendiera naos braços de otro home... ¡Oh, mira! Seis balas tiene esta pistola. Cuatro para tu peito, una para o coraçao do seductor e la última para levantar a coberta de meu miolo. ¿Qué te parece el repartimiento?

SUSANA. Muy poco equitativo. Pero guarda esa pistola, porue sólo de verla me pongo mala.

CONDE. ¿Será porque tu consciencia no esté limpa?

SUSANA. No digas tonterías, hombre.

CONDE. Mírame a os olhos. Así. Quiero leer en tu mirada la raición. No olvides que mea pistola tiene seis balas.

SUSANA. Cuatro para mí, una para tí... Ya me lo has dicho.

CONDE. ¡Tembla si me traicionas!

ENRI. Señorito. Ha llegado el automóvil que había usted enargado al Casino.

CONDE. Eu parto. No lloresme, menina. No te aflijas.

SUSANA. ¡Ay, me duele tanto separarme de ti!...

CONDE. Nao temas. Este garrido home nao quer más que a , bonitina. Haze-eme o favor de nao venir a estaçao. Acuéstate. i por acordarte de mí demasiado nao duermes, toma un sello e Sulfonal. Enriqueta, baja as malas al automóvil. *(Vase el Conе por la derecha seguido de Susana. Tan pronto como desapareen, el Duque sale cautelosamente de debajo de la cama y comienа a registrar los cajones y después de haber explorado de nuevo la abitación, siente ruido. Hace intención de meterse otra vez deba de la cama, pero cree que no le dará tiempo, y dando un gran ılto desaparece por la puerta del foro, que dejará cerrada.)*

SUSANA. *(Entrando por la derecha.)* ¡Ay! ¡Ya se fué!

ENRI. *(Que entra tras ella.)* Ese suspiro de la señorita me ıtoriza para decir yo también: ¡gracias a Dios!

SUSANA. No lo comprendo, Enriqueta. El señorito te paga ıpléndidamente. Es correcto, caballeroso...

ENRI. ¿Sí? Pues igual me pasa a mí entonces con usted. ampoco lo comprendo.

SUSANA. Ya que la confianza te autoriza a decir ciertas cosas, ebo contestarte que lo que me aburre son sus celos, sus amenas. Estoy siempre con el alma en un hilo.

ENRI. ¡Bah! Como la señorita no tiene coco no puede tener iedo.

SUSANA. Es... Es que tengo coco y tengo miedo.

ENRI. ¡Ay! ¿Qué me cuenta usted, señorita?

SUSANA. *(Confidencialmente.)* He cedido a los angustiosos querimientos de don Trinidad. Me daba lástima del pobre.

ENRI. ¿El concejal ese tan rico?

SUSANA. Concejal y diputado. Don Trinidad Mantecón de la erda, es hoy por hoy una de las personalidades más prestigiosas l nuevo partido liberal asimilador.

ENRI. Entonces... ¿Cuándo el señorito vuelva de París no nos contrará?

SUSANA. Sí. Nos encontrará. Porque si no nos encuentra nos encontramos. Ya sabes cómo las gasta. El Conde es de los que

tiran de pistola por menos de un pitillo. Además, que no sé has qué punto puede ser constante don Trinidad.

ENRI. Muy constante. Las diez y nueve cartas que me lle dadas para la señorita, siempre las ha acompañado de un duro.

SUSANA. ¿Sin aumentar nunca a pesar de mis desdenes?

ENRI. Nunca. Y eso que yo me negaba a tomarlas.

SUSANA. ¿Ves? No es de los espontáneos. Me lo había fig rado. Por eso, para asegurarme, he recurrido al procedimien de las alhajas empeñadas.

ENRI. ¿Y qué procedimiento es ése, aunque sea mal pr guntar?

SUSANA. Lo inventó una famosa tiple y yo lo he puesto práctica varias veces con el gran resultado.

ENRI. Si no es secreto le agradecería a la señorita que me dijese, porque a una le gusta aprender, que para eso sirve en bu nas casas.

SUSANA. Es muy sencillo. Si de buenas a primeras yo le h biese pedido a don Trinidad ocho o diez mil pesetas, seguramente se hubiera asustado. Ya te he dicho que no es de los espont neos. Pero yo, con estrategia, desde que me empezó asediar, mismo día que vino a la Ciudad Lineal con motivo de la fies de las colonias escolares, comencé a empeñar una a una mis m jores alhajas. Estoy en un horrible compromiso. Si el Conde descubre..., y lo va a descubrir a su regreso, lo más tarde.

ENRI. *(Riendo.)* Ya. Y don Trinidad le ha dado a usted el nero para salir del apuro.

SUSANA. ¡Eso sería muy burdo! Yo no puedo admitir e dádiva. Le he dado las papeletas para que haga el favor de deser peñarme las alhajas, poniendo él las pesetas, como es natura Pero en cuanto pase el peligro, volveré a dárselas para que l empeñe y se reintegre del desembolso.

ENRI. Pero él no lo consentirá.

SUSANA. ¡Claro mujer!

ENRI. *(Escuchando.)* Me parece que se ha parado un aut móvil.

SUSANA. Anda. Sal a abrir la puerta del jardín. Seguramen es él. *(Vase Enriqueta. Susana, ante el espejo, se arregla el tocad Cuando se dispone a salir aparece en la puerta de la derecha d Trinidad.)*

TRINI. *(Viste traje de caza, de pana, ya bastante usado. toca con una gorra apache. Trae escopeta, canana y morrales* Adorable Susana...

SUSANA. Mi querido señor Mantecón. Esta chica es tan to pe. Le ha pasado a usted aquí... Vamos al saloncito.

TRINI. He sido yo. He sido yo el que se ha empeñado en p sar a donde usted estuviese.

SUSANA. Señor Mantecón...

TRINI. Prescinda usted del patronímico y llámeme Trinidad Trini, si le parece mejor.

SUSANA. Como se trata de un nombre tan poco a propósito ira las circunstancias.

TRINI. Puede usted llamarme Trinito, que es como me degnan algunos íntimos... e íntimas.

SUSANA. ¡Picarón!... Trinito... Trinito... Eso ya me suena ejor que Trini o don Trini... Pero siéntese usted, ya que no quie- que pasemos a otra habitación.

TRINI. Al lado de usted se está bien en cualquier parte, has- en el infierno, conque figúrese en el paraíso. *(Muy picaronamen- se ríe creyendo que sus palabras tienen gran ingenio.)* Con el rmiso de usted voy a despojarme de estos adminículos venato- os y a explicarle al mismo tiempo por qué me presento vestido mamarracho. *(Deja el morral y la escopeta.)*

SUSANA. ¡Oh, está usted muy bien así! Muy interesante.

TRINI. No niego que el traje de campo da más airosidad a la gura. Presta cierta arrogancia. *(Se contonea.)* Es menos antiesico que los vulgares trajes de sociedad; pero quiero hacer cons- r que no me presento así por hacer resaltar mis dotes físicas, no por proporcionarle una sorpresa agradable. Por el deseo de treverar en la triste y prosaica novela de su vida, un idílico y liz capítulo.

SUSANA. No comprendo...

TRINI. Usted esperaba una visita furtiva. Unos madrigales saboreables por la precipitación. No, amiga mía, no. Yo no día ser tan cruel que la dejase con la miel en los labios.

SUSANA. ¿Cómo?

TRINI. ¿Usted temería que me marchase a las doce, a la a todo lo más? Pues, no. Tranquilícese.

SUSANA. ¿Se va usted a quedar aquí hasta mañana?

TRINI. ¡Oh, qué adorable conformidad!... Más, más aún...

SUSANA. ¿Hasta pasado?

TRINI. Más, mucho más... Alégrese usted mucho. ¡Mucho!... staré a su lado una semana entera!

SUSANA. *(Con verdadero horror.)* ¡Oh!

TRINI. ¡Ya sabía yo que iba usted a tener una alegría!... ete días... Un paréntesis de ciento sesenta y ocho horas de icidad.

SUSANA. ¡Ciento sesenta y ocho horas!...

TRINI. Comprendo que la parecerá a usted poco. Se nos pasan en un soplo.

SUSANA. Sí... ¡En un soplo se nos van a pasar!...

TRINI. Pero no se ponga usted triste. ¡Otra vez será más!

SUSANA. *(Con tono cómicamente ambiguo.)* ¡No me lo d
usted que me dan vértigos!

TRINI. Ahora se explicará usted por qué vengo en este tra
He dicho a mi familia que iba de caza. Un pretexto un p
de vodevil, pero siempre muy socorrido. Dispongo de una sen
na que pasaremos aquí encerraditos como dos cartujos, pues p
que no nos puedan ver desde los hotelitos próximos no abriren
puerta ni ventana. ¿Qué le parece el programita?

SUSANA. ¡Un sueño!

TRINI. *(Empieza a sacar cosas del morral.)* En casa
han preparado una abundante merienda y yo he agregado b
tante. Algunas voluptuosidades gastronómicas que llamo yo
estas cosillas. Empecemos por lo de casa. Una tortilla inmer
que nos puede servir para dos o tres comidas. Merluza frita. E
panadas de sardinas y de chorizos. Cosa rica. Ternera asada.

SUSANA. ¿Y las voluptuosidades?

TRINI. Aquí están. Seis latas de sardinas del célebre fab
cante «sans arettes». Cuatro morcillas extremeñas. Una doce
de merengues, que, por venir debajo de todo, se han estropea
algo, y ¿eh? *(Exhibiéndolas.)* Dos botellas de champagne...

SUSANA. ¡Qué derroche!

TRINI. Quiero que en estos días no nos privemos de nad
Idílico, pero alimenticio.

SUSANA. Si a usted le parece llamaremos a la doncella pa
que se lleve las provisiones.

TRINI. Sí. Que lo ponga todo al fresco. *(Susana llama y e
tra Enriqueta.)*

SUSANA. *(Con displicencia.)* Llévate todo eso a la despens

TRINI. *(Ayudándola a meterlo todo en el morral.)* Cuida
con esto, que son merengues. *(Coge un paquete y se lo aproxim
a las narices a Susana, que hace un gesto de repugnancia.)* Mi
usted qué bien huele este queso. Pues, ¿y la tortilla? Tiene
poquito de cebolla. Una delicia. Luego, a eso de las dos o
tres daremos el primer avance a las provisiones. *(Con gesto
pícaron.)* Nos vendrá muy bien un piscolabis. Ahora, si ust
me diese una taza de café, se lo agradecería.

SUSANA. Ya lo creo. Enriqueta, prepara la cafetera.

ENRI. ¿Me llevo también la escopeta?

TRINI. Sí, y la canana *(Se la quita.)* que me oprime. *(Va
Enriqueta llevándose el morral, la canana y la escopeta. Sob
un mueble queda la gorra.)*

SUSANA. *(Que se ha fijado en un cuchillo de monte y
revólver que penden de un cinturón que ciñe don Trinidad ba
el chaquetón.)* Va usted armado hasta los dientes.

TRINI. ¿Lo dice usted por el cinturón? Es un regalo. U
ofrenda del Comité del partido liberal asimilador. Conociendo

ilidad por la caza, me regaló este cinturón con un magnífico chillo *(Lo desenvaina.)*, un revólver, un silbato para pedir xilio...

SUSANA. ¿Y todo esto para cazar conejos en Torrelodones?

TRINI. Efectivamente. Parece un poco tartarinesco; pero ten- usted en cuenta que para justificar una ausencia de siete días tenido que decir en casa que iba a una cacería de reses ma- es a Asturias, donde abundan los osos... Como de casa he ido directamente aquí...

SUSANA. ¿No ha estado usted en el Monte? *(Con gran de- ción.)*

TRINI. ¿Esperándome usted iba yo a pensar en la caza?

SUSANA. Me refiero al Monte de Piedad.

TRINI. ¡Ah! ¡Qué retruécano muñozsecano hemos hecho sin erer! ¿Cómo me iba a olvidar de sus encargos?

SUSANA. *(Muy alegre.)* ¡Ah! ¿Me trae usted?...

TRINI. Todo. Se lo he desempeñado todo. Aquí está. *(Va sa- ndo del bolsillo los estuches y de éstos las alhajas que enume- dándoselas a Susana, que las deja luego sobre el veladorcito.)* s pendientes de perlas... El collar... Tres sortijas... Un imper- le... Otros pendientes.

SUSANA. ¡Está todo! ¡No falta nada!

TRINI. Ahora, cabecita loca, que no se vuelva a repetir.

SUSANA. La vida es tan cara...

TRINI. Yo le enseñaré a usted a vivir y le daré lecciones de nomía.

SUSANA. No es posible la economía con un hombre tan mi- able como el Conde. Como cuenta por reis, le parece que me millones.

TRINI. Siéndole tan odioso, ¿por qué no le abandona usted?

SUSANA. ¡Oh, imposible! Tengo miedo...

TRINI. ¡Bah!

SUSANA. No le conoce usted. Es celoso, sanguinario... Si bechase una infidelidad, me mataría...

TRINI. Me parece que exagera usted...

SUSANA. ¿Exagerar? No me diría usted eso si le hubiese o hace un momento... Exaltado, parecía un criminal... No ero ni pensar si volviese...

TRINI. ¡Ah, si volviese me encontraría a mí!

SUSANA. Me mataría sin piedad.

TRINI. Eso sería después de pasar sobre mi cadáver.

SUSANA. Gracias, don Trinidad.

TRINI. Trinito, llámeme usted Trinito.

SUSANA. ¡Qué confianza me da su valor!

TRINI. *(Tierno.)* Yo seré tu escudo...

ENRI. *(Por la derecha.)* El café está hecho. ¿Le traigo ac
o lo dejo en el comedor?

SUSANA. Pasaremos al comedor, si a usted le parece.

TRINI. Donde usted quiera. *(Coge la gorra. Mutis por la
recha. Un momento después de desaparecer don Trinidad y
sana, aparece cautelosamente por la puertecilla del foro, el Duqu*

DUQUE. ¡Maldita sea mi suerte! Siguen sin acostarse.
voy a poder salir de aquí en toda la noche... *(Escucha.)* Se si
oyendo una voz de hombre... Me parece que es el mismo que
taba aquí. ¿Será de la familia?... Si es una visita se march
pronto... ¡Vienen! ¿A que no puedo dar el golpe esta noche
¡Ni voy a poder salir de esta ratonera! *(Se mete debajo de
cama.)*

TRINI. *(Entra corriendo por la derecha. Trae puesta la
rra.)* ¿Que ha vuelto? ¿Que no hay otra salida?

SUSANA. *(Entrando tras él.)* No tema usted. Deben ser
sas de la chica.

ENRI. *(Entrando.)* Le digo a usted que es el señorito...
el mismo automóvil del casino que vino a buscarle... *(Se oye
timbre lejano.)* Vuelve a llamar.

TRINI. Pero, ¿no hay otra puerta?

SUSANA. No. No hay más que esa en que está él. ¡Ay,
usted confío! Si usted no es mi escudo, me matará.

TRINI. Es que yo no tiemblo por usted, sino por mí; di
no tiemblo por mí, sino por usted...

SUSANA. ¡Estoy perdida! ¿Y usted era el que decía ar
que tendría que pasar sobre su cadáver?...

ENRI. *(Que se ha ido y vuelve.)* Como no abramos, salta
verja.

TRINI. ¿Si es capaz de saltarse una verja, no iba a salt
se un cadáver? ¿Está usted segura de que no hay otra salid

SUSANA. Asómate... Di que vas en seguida... Que no
cuentras la llave... Danos tiempo para que se esconda. An
(Vase Enriqueta.)

ENRI. *(Haciendo mutis.)* Como sospeche algo, es capaz
asesinarme.

TRINI. ¿Y dónde me escondo?

SUSANA. No sé...

TRINI. Debajo de la cama.

SUSANA. ¡No! Debajo de la cama, no. Una vez que se
ocurrió, fué donde miró primero.

TRINI. ¿El Conde?

SUSANA. No... Otro... ¡Pronto, que ya está aquí!

CONDE. *(Irrumpiendo pistola en mano.)* ¡Os sorprendí,
serables! *(Susana, al ver entrar al Conde, opta por desmaya*

se deja caer en un diván. Don Trinidad, instintivamente, se pone la defensiva blandiendo su hermoso cuchillo de monte.)

CONDE. ¡Arriba os braços!... Mais, ¿qué veo?... Ese aspec-o... Una faca en sus manos... ¡Es un ladrao!... *(Susana abre los jos con asombro y levanta un poco la cabeza.)* ¡Oh, eso te ha alvado la vida! Si nao hubieras sido un ladrao, ya eras home norto...

SUSANA. (¡Un recurso que a mí no se me había ocurrido!)

TRINI. ¿Yo un ladrón?

CONDE. El ser ladrao te salva da morte. Pore su ¿e elha? La has ferido, canalha?... ¡Suzana!... Minha Suzana... *(Se vuel-e para levantar a Susana, pero dándose cuenta de que don Tri-idad puede atacarle por la espalda, gira rápidamente y le punta on la pistola.)* ¡Arriba as maos!... Arremesa a faca al suelo. *Don Trinidad, muerto de miedo, obedece.)* ¡Formidavel ferro! *La coge.)* ¡Cuántas veces se habrá tingido en la sangue das vic-imas. ¡Suzana!...

SUSANA. *(Volviendo de su desmayo.)* ¿Dónde estoy?

CONDE. Aquí. A mi lado. Amparada por mi forte braço. ¿Este ome es tu amante o es un gatuno?

TRINI. Eso de gatuno...

CONDE. ¡Silencio, bandoleiro! Contesta, Suzana.

SUSANA. ¡No lo mates!

CONDE. Si es tu namorado, ya te he dicho que en mi pis-ola hay seis balas. Cuatro para tu peito, una para o coraçao de se home, e la última para levantar la corbeta de meu meolo. Si es un gatuno, le apartaré con o pe. Contesta.

TRINI. Sí, señor. Yo un gatuno, y con el permiso de usted ne retiro...

SUSANA. (¡Oh, qué rasgo tan noble!)

CONDE. ¡Alto!... Contesta.

SUSANA. *(Atendiendo a las señas que le hace don Trini.)* Sí... Debe ser un ladrón... No le conozco... Al verle me desmayé... No sé lo que ha pasado. Me da mucho miedo verle. Dile que se raya.

TRINI. No quiero molestar...

CONDE. ¡Quieto! ¡Oh! Mais, ¿qué vejo? ¡Tuas joyas es-parzidas sobre da mesa! El ladrao ja habíase aprovetchado. Si ardamos un momento mais, hubiese fugido con a presa.

TRINI. (¡Qué dilema, Dios mío: o ladrón o cadáver!)

SUSANA. (¡Si digo la verdad, nos mata a los dos!)

CONDE. *(Que ha estado recogiendo las alhajas.)* Quasi to-las as joyas que te desempenhe al serme apresentada!

TRINI. (¡También a éste le dió las papeletas!)

CONDE. ¡Buen botín había hecho el gatuno! *(A Susana.)* Perdoame, merina, que duvitase de ti.

SUSANA. ¡Cómo me ofendes!... Yo, tan inocente, llorando t ausencia...

CONDE. Receaba. Eu tenía suspeitas. Pel isso volté para sur prenderte... Pel isso preparé a cilada...

SUSANA. ¡Oh, qué diferencia entre tu conducta y la mía!

CONDE. Démonos un beijo de perdao.

SUSANA. No. No me toques.

CONDE. Un beijo a um abraço.

TRINI. (¡El suplicio de Tántalo!)

SUSANA. Que no estamos solos...

TRINI. Con confianza. Yo me retiro...

CONDE. Me había olvidado del gatuno...

SUSANA. Déjale que se marche.

CONDE. ¿Cómo? ¡Eso nunca jamais!

TRINI. (¡Me he caído!)

CONDE. Le entregaremos ao commissario de policía.

TRINI. (¡Dios mío!)

SUSANA. No. Pobre hombre...

CONDE. Un Conde do Castello das doze torres e doze pontes, nao puede proteger a un ladrao.

SUSANA. No te perdono como tú no le perdones a él.

CONDE. ¡Oh, tú me perdoas! Ya tenía pensada a sorpresa.

SUSANA. ¿La sorpresa?

CONDE. Sí. Pensada. Si te cogía con un enamorado, mañana íbamos todos juntos ao cemiterio...

SUSANA. ¿Por ser día de Todos los Santos?

CONDE. ¡Por ser todos cadaveres! Porem si no te sorprendía, nos iríamos juntos en el segundo expreso que es para o que tomé os bilhetes.

SUSANA. ¿Me llevas a París?

CONDE. Te dejaré en San Sebastiao con tu irmá. Veu a vestirte que nao tempo que perder.

SUSANA. Pero...

CONDE. ¡Anda pronto!

SUSANA. El... el ladrón.

CONDE. Eu me encargo.

SUSANA. (¡Dios mío! ¿Qué va a ser de este pobre hombre?) *(Mutis por la derecha.)*

CONDE. *(A don Trinidad.)* Agora a ti te pondré ben seguro. ¡Enriqueta!... ¡Una corda forte!

TRINI. ¿Me va usted a atar?

CONDE. E ben amarrado, descuida, pel que no te escapes al ausentarme eu.

TRINI. (Bueno. La chica me soltará.)

ENRI. *(Entrando.)* ¿Sirve ésta de tender la ropa?

CONDE. Sirve. Es para atar a este gatuno.

ENRI. ¿Este... éste es ladrón?

CONDE. *(Atándole.)* Este. Repara. O perfeito exemplar criminoso. Cabeza e cara con todos os rasgos caracteristicos...

TRINI. ¡Ay! Que aprieta usted demasiado.

CONDE. No te congojes, que ya estarás acostumbrado. ¡Ven acá, da cadeira de braços! *(Le sienta en la butaca.)* Desta sorte nao podrás moverte. *(Al atarle toca el cinturón y se lo quita.)* ¡Oh, oh! Venía armado hasta os dentes. Un revólver..., un assobio para chamar a os cómplices... ¡Oh, oh, oh, oh! ¡Muitas manchas de sangue! ¡Es un feroz assassino! Ya está ben amarrado. *(A Enriqueta.)* Vístete y coge pronto lo que quieras llevar.

ENRI. ¿Llevar adónde?

CONDE. A San Sebastiao. Tú vienes tamben para cuidar da senhora *(Bajo.)* e para vigilarla.

ENRI. Pero yo... ¿Y vamos a dejar solo a este se... a este ladrón?

CONDE. Nao hay cuidado. La corda es forte. Las janellas todas tienen reja. La porta boa fechadura. Cuando venga a policía o encontrará en la ratoeira. *(Va cerrando puertas y ventanas.)*

ENRI. ¿Y nos vamos a ir dejándole?...

CONDE. Sí. Nos evitamos declaraçaos, incomodos... Nosoutros, longe e que la policía liquide as contas. Llamaré por telephono... Tú a recoger a ropa.

ENRI. (¡Pobre señor!) *(Mutis.)*

CONDE. *(Que ha descolgado el aparato del teléfono.)* ¡Central!... Con la Jefatura de Policía... Aquí o conde do Castello das doze torres e doze pontes, no hotel de la Ciudad Lineal... calle Color, 30 e 40, dejo encerrado a un ladrao peligroso que he sorprendido. Vengan pronto por él. Está ben atado. As chaves de la fechadura as dejaremos al guarda nocturno. Eu nao puedo. Parto agora mismo para París... Excuse, excuse. *(Cuelga el aparato.)*

TRINI. Pero, oiga usted, caballero...

CONDE. Cha nao nos volveremos a ver. He tenido muito gusto de conocerle...

TRINI. Caballero...

CONDE. Muito abrigado...

TRINI. Yo quiero decirle...

CONDE. ¡Cual historia!... ¡Tem graça! Adiós. *(Mutis después de cerrar bien puertas y ventanas. Al desaparecer por la derecha, hacer crujir la llave.)*

TRINI. ¡Virgen santa, en la que me he metido! Ahora viene la policía, me llevan a la cárcel... y o digo quien soy, tirando por tierra mi carrera política, siendo víctima de todas las burlas de la Prensa y haciendo mi desgracia conyugal, o me llevan con los

quincenarios. ¡He hecho una conquista que ni la de Marruecos!...

DUQUE. *(Sale cautelosamente de debajo de la cama y se acerca a don Trinidad, plantándosele delante.)* ¡La has hecho, compañero!

TRINI. ¡Eh! ¿Quién es usted? ¿De dónde sale?

DUQUE. Un randa como tú. Estaba ahí debajo de la cama.

TRINI. ¡Yo no soy un ladrón!

DUQUE. ¿No? ¿Pues qué eres?

TRINI. Yo soy concejal.

DUQUE. *(Sonríe y se encoge de hombros.)* Bueno, compañero... Nos la hemos buscao por ser tú panoli... Ahora van a venir los de la «poli» y nos cogen como en una ratonera.

TRINI. Desáteme usted.

DUQUE. *(Desatándole.)* Sí, hombre; pero te advierto que no podemos hacer na. No hay más que diñarla... De aquí no nos podemos najar.

TRINI. ¿Qué dice usted?

DUQUE. Vamos, anda; déjate de cumplidos. Pues no presumes tú poco.

TRINI. Bueno, pues tú por tú. En medio de todo... ¿Qué es lo que decías?

DUQUE. Que de aquí no se puede salir. Toas las ventanas tien reja. El tío ese ha trincao las puertas y yo me he dejao las herramientas ahí fuera. Vamos, ya estás. ¡Gachó, te había amarrao como pa un número de circo!

TRINI. ¿Pero usted..., pero tú crees que no nos podemos escapar antes de que vengan?

DUQUE. Nana nanay. La quincena, por lo menos, no hay quien nos la levante. ¡Qué quincena! Por ti nos lían. Hay proceso, ya lo verás. Intento de robo, escalo, nocturnidaz... Dos años de trena.

TRINI. ¡Jesús! ¡Dios mío, en la que me he metido!

DUQUE. ¿Es que eres novato?... Ya me olía a mí que tu... ¿Por qué has entrao? ¿Es que te ha dao también la Bizca el soplo de que aquí había?... ¡Maldita sea, hombre! Os metéis a lo que no sabéis, pa reventar a los profesionales... ¡Es que no se va a poder vivir!... ¡La competencia en to!... ¿Por qué no le has endiñao al entrar?

TRINI. ¿Yo?

DUQUE. Bueno. En eso no te digo na. A mí también, el delito de sangre me echa pa atrás. En jamás he tenido un tropiezo así. Robar honradamente y a modo... Pero, ¿en qué piensas que estás tan pasmao?

TRINI. Escuche usted, distinguido ladrón... Yo tengo que confesarle a usted una cosa.

DUQUE. Oye, pero ¿qué es eso?

TRINI. Yo no soy lo que usted cree. Yo soy una persona decente.

DUQUE. ¡Anda la vérdiga! Bueno, eso no importa. Sigue tuteándome.

TRINI. Yo he tenido que pasar por ladrón para salvar a una mujer...

DUQUE. ¡Mi abuela, esto es una película! ¿Pero tú... pero usted no le ha dicho al portugués ese?... ¿No le ha cogido con lo afanao ahí encima de la mesa?

TRINI. Esas alhajas se las había desempeñado yo.

DUQUE. ¿Entonces, eso de que es usted concejal no era una guasa?

TRINI. ¡Es cierto, por mi desgracia!

DUQUE. ¡Anda! Por su desgracia... Mia si me viese yo siquiera un mes en el Ayuntamiento...

TRINI. Se me ha ocurrido una idea salvadora.

DUQUE. ¿A usted? ¡Vamos! Ya le he dicho a usté que no hay salida posible. De aquí a la «Comi» y de allí al Juzgao. Menos mal que ahora nos han puesto un automóvil bestial pa trasladarnos.

TRINI. Para lo que se me está ocurriendo no importa que estemos encerrados.

DUQUE. ¿Eh? ¿Que se le ha ocurrido a usté una cosa pa que desaparezcamos así como por escamoteo? ¡Estos concejales tien cada idea, que a lo mejor le dejan a uno tonto!

TRINI. Es muy sencillo. La policía va a llegar de un momento a otro. Sabe que aquí hay un ladrón, pero no dos...

DUQUE. Güeno, ¿y qué?

TRINI. Pues que como a mí no me conoce, y a usted sí... ¿No le conoce?

DUQUE. Soy visita de casa.

TRINI. Pues si le encuentran a usted ahí atado en esa butaca y yo me escondo, se le llevan a usted sin meterse en más averiguaciones, y yo luego salgo como si tal cosa.

DUQUE. ¡Mi madre! ¡Y yo que te había creído lipendi!... ¡Camará con el gachó, lo vivo que es! Vamos, que si te dedicas al oficio, haces la gran carrera...

TRINI. Bueno; ¿le parece a usted bien?

DUQUE. ¡Te daba así! Pero ¿es que te crees que estás tratando con un primo?

TRINI. Déjeme usted acabar. Si usted se presta a ir solo a la cárcel, yo interpongo toda mi influencia para que en seguida le echen a la calle.

DUQUE. No me convence. Si nos llevan a los dos, nos echarán antes por la cuenta que le tiene a usté.

TRINI. No, porque yo tendría que declarar la verdad... Además, yo le doy a usted mil pesetas...

DUQUE. ¿Na más?

TRINI. Dos mil.

DUQUE. Póngase usté en las cinco.

TRINI. Pues las cinco.

DUQUE. Eso ya es entrar en el terreno de la razón.

TRINI. Con ese dinero, usted puede regenerarse; emprender otro camino...

DUQUE. ¡Ele! ¡Chóquela usté! ¡Chóquela usted, hombre! Ese es mi ideal. Esto se está poniendo mu malo. Los de la «poli», con esto de las películas, ca día aprenden más, y no le dejan a uno ganarse la vida...

TRINI. ¿De modo que usted querría ser persona decente?

DUQUE. Ya lo creo. Pero de vivo, no se crea usted. Es lo que tie hoy más cuenta. Se hace uno carnicero, o tahonero, o tendero, o acaparador, y afana lo suyo dentro de la ley, hombre; y en vez de molestarle, entodavía se lo agradecen... Na; que si usté me da la mano, cosa hecha.

TRINI. Mi mano es ésta.

DUQUE. Pues na. Las cinco mil plumas, influir pa que me pongan en la calle na más que con la quincena..., y luego, a vivir al lao de usté...

TRINI. Hombre, eso de a mi lado precisamente...

DUQUE. Bueno, bueno; no se vaya usté a poner ahora tonto, porque no hay na de lo dicho. ¿Es que s'ha creído usté que yo no diquelo? Usté está que s'ahoga. ¡Pues no es na la que se le viene encima! Ir a la cárcel por ladrón... ¡Las chuflas que le iban a gastar a usté! Y luego en casa..., ¡mi madre!... Na, hombre, las diez mil plumas y la protección incondicional... ¿Cómo se llama usted?

TRINI. Trinidad Mantecón.

DUQUE. ¡Arrea!... Pues menuda fama de señorón serio que tie usté... ¡Eso no lo sabía yo! No pue ser menos de las quince mil y un acta de concejal, pero de las buenas, de esas donde se pue...

TRINI. Bueno, no perdamos tiempo. Déjese usted atar. Le daré seis mil quinientas pesetas, y si usted está dispuesto a ser persona decente, yo le ayudaré...

DUQUE. De eso yo me encargo; porque el que quea atao es usté. Venga la cuerda. *(Don Trinidad ata al Duque en la misma forma que estuvo él.)* Si apreta usté, como total aquí no ha pasao na, pue que con una quincena de ocho días...

TRINI. Apretaré todo lo que pueda...

DUQUE. ¡Ay! ¡Que apreta usté demasiao!... Luego, cuando se quede usté solo, con tiempo puede echar abajo una puerta;

oge usté mis herramientas para abrir las otras y salta usté la erja por detrás del gallinero.

TRINI. Tenga usted las seis mil quinientas pesetas.

DUQUE. ¿Las tenía usté encima? ¡Si lo llego yo a saber! Gachó con el tío, lo vivales que es! ¡Me las da cuando ya estoy tao!...

TRINI. ¿No habíamos quedado en que iba usted a regenearse?

DUQUE. Es que hacer el primo así... Pero tie usté razón. Como si no hubiese dicho na. Esas seis mil quinientas pesetas e las guarda usté...

TRINI. Eso no...

DUQUE. ... se las guarda usté hasta que yo salga, que se as pediré. ¿No ve usté que si me las cogen encima puen creer... Deme usté na más que el pico pa si hace falta... Menos. Dos o res pápiros na más. Métalos usté ahí. ¡Chist!... ¡Qué vienen!... Métase en seguida debajo de la cama!

TRINI. *(Metiéndose con dificultad debajo de la cama.)* ¡Vaya in final de aventura! ¡Mi autoridad está quedando por los suelos!

DUQUE. ¡Cállese! *(Se abre la puerta de la derecha y penetran dos policías acompañados del sereno.)*

SERENO. ¡Ahí está!

POL. 1.º ¡Pues es verdad!

POL. 2.º ¡Ahí está atado!

POL. 1.º ¡Si es el Duque!

SERENO. ¡Yo creí que era una broma!

POL. 2.º Este era un quincenario que nunca se había atrevio a tanto.

SERENO. Llévenselo ustedes y yo cerraré.

POL. 1.º ¡Levántate, granuja! *(Le levantan y le empujan violentamente.)*

DUQUE. ¡Bueno, no hay que avasallar!

POL. 1.º ¡Anda, que ya te daré yo!

DUQUE. ¡Eh, cuidao, que yo no soy un cualquiera!

POL. 1.º *(Aplicando el pie en el sitio más carnoso hace salir al Duque violentamente.)* ¡No te propases conmigo! ¡Hala! *(Salen.)*

TRINI. ¡Esa puntera, moralmente me la han dado a mí! Lo que le debo a ese hombre!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Hall en casa de don Trinidad Mantecón. Amplia y lujosa habitación. El foro es desigual. La parte de la derecha sobresale menos que la de la izquierda, formando una especie de segunda habitación al fondo, que constituye el recibimiento y que se prolonga perdiéndose por la derecha. La parte de la izquierda tiene un gran ventanal con vidrieras decoradas. En el hall una puerta a la derecha y otra en la izquierda, con vidrieras ambas y buenos herrajes. Muebles heterogéneos, predominando los de estilo renacimiento español. Entre ellos, una mesa central con libros y periódicos y una planta o búcaro de flores. Un bargueño, sillones, un piano, etc., etc. Luz del día.

MARÍA aparece leyendo un periódico. ENCARNITA, a su lado, hace una labor.

MARIA. *(A Petra, que entra por el foro.)* ¿No decías que mamá se había levantado ya?

PETRA. Sí, señorita. La señora se ha levantado a eso de las ocho. En seguida pidió el baño y me dijo que avisara por teléfono al ondulador. Ya hace un rato que está con él.

MARIA. ¿Al ondulador? ¡Es raro!

ENCAR. Mamá se ha echado a perder.

PETRA. Yo he avisado a la peluquería donde tienen costumbre de ir las señoritas. Luego me encargó que llamara a un manicura. Esa no puede venir hasta las once.

MARIA. ¿También a la manicura?

ENCAR. ¡Oh, mamá haciéndose las manos!...

PETRA. A una servidora le ha extrañado también que la señora, que antes criticaba esas cosas... Se conoce que son costumbres que ha adquirido en París.

MARIA. ¡Pero si en París ha estado tres semanas!...

PETRA. Pero ha estado otras veces mucho tiempo, ¿no?

MARIA. Nunca. Es la primera vez.

PETRA. ¡Ah!... Como la he oído decir... Yo creía...

ENCAR. *(Riendo.)* ¡Qué graciosa es mamá!

MARIA. *(A Petra.)* Anda, pregunta a la señora si va a terminar pronto, para que sirvas el desayuno.

PETRA. Sí, señorita. *(Mutis derecha.)*

MARIA. *(Revolviendo los papeles.)* Ahora me explico por qué han comenzado a llegar *La vie parisiense, Femina, Le petit Journal, Tres parisien...*

ENCAR. Mamá, en veinte días, se ha hecho más francesa que uana de Arco.

PETRA. La señora viene en seguida. Voy a servir el desyuno.

MARIA. Tráele aquí mismo. *(Vase Petra por el foro.)*

ISABEL. *(Por la derecha. Es una jamona de unos cincuenta ños. Trae el pelo recién ondulado y muchos afeites en la cara. iste una bata estrepitosa.)* Bon suar. *(Las palabras francesas ue dice esta señora, van escritas tal como las pronuncia, por lo into, la actriz no debe preocuparse de la pronunciación figurada i de los errores prosódicos y ortográficos.)*

ENCAR. Bon jour, mamá. *(Encarnita y María pronuncian el rancés correctísimamente.)*

MARIA. ¡Jesús, mamá, cómo te has puesto!...

ISABEL. Una sencilla ondulación, pero es que los cuaferes e Madrid no tienen ningún arte. ¡Había que ver cómo me ponía nesié Reñer, el del Bol des Cappucines.

ENCAR. ¡Sí que habría que verte!

MARIA. Vienes hecha una parisiense.

ISABEL. ¡Oh, Pagui, Pagui!... Aquello es elegancia y confort esprit, y no este Madrid, tan pequeño, tan sucio... Después de asear por el bua o les grans bolvars esto se le cae a uno enima...

MARIA. Es verdad, mamá. Madrid es algo bajo de techo. *Entra Petra con el servicio del desayuno y extiende un mantellio sobre la mesa del centro.)*

ISABEL. ¡Oh, le deyuner! Ya tenía apetito. Sin embargo, ne tengo que contentar con un petit bocat, porque estoy a reimant.

MARIA. ¿Que te has puesto a régimen? No nos habías dicho ada. ¿Es que estás enferma?

ISABEL. No, hija. Es pour megrir. Me estoy poniendo demaiado maciza para la edad que tengo y no quiero perder la línea... En París, le reyimant es lo más sig. *(A Petra, que se dispone a ervir.)* A mí café nuar solemant.

PETRA. ¿Cómo dice la señora?

ISABEL. ¿Es que no sabe francés la doncella?

MARIA. No, mamá. ¿No recuerdas que ha venido directamente de Cogolludo?

ISABEL. Es que, claro, la costumbre... Café solo y una rolajita de pan tostado. *(A Encarnita.)* Ponme poco... ¿cómo se lice suore en español?

ENCAR. ¡Azúcar, mamá, azúcar! *(Vase Petra después de ervir.)*

ISABEL. ¿Qué es aquéllo que has puesto allí cubierto con un paño? *(Alude a una figura de medio metro [illegible]*

damente, que, cubierta por completo por un paño, estará sobre un mueble.)

MARIA. Una escultura que nos han regalado, pero la tengo cubierta, porque es un desnudo, y como Trinidad es tan severo...

ISABEL. El desnudo no es inmoral. ¡Si vieses las cosas bellas que hay en el Louvre! *(Como está escrito.)* Hay un Apolo de Berevere... ¡Ay, qué Apolo! ¡Qué formas!

ENCAR. *(Riendo.)* ¡Aquí, para formas, mejor que Apolo, el Reina Victoria!

ISABEL. ¡Ay, qué calambur!

MARIA. Mamá, es que como aquí no estamos en el Louvre, temo que Trinidad no quiera que esté a la vista esta Diana saliendo del baño.

ENCAR. *(Riendo.)* Yo he pensado hacerle un mallot.

ISABEL. ¡Ay, me preocupa la severidad de tu marido! *(Levantándose.)* Me permitireis que pasee después de las comidas. Me lo ha ordenado le docter... ¿Me has dicho que regresa Trinidad?

MARIA. Seguramente. Le espero dentro de un momento. Según me dice en sus cartas, que como siempre he recibido a diario, ha hecho una gran cacería.

ISABEL. Me preocupa, me preocupa... *(Hace flexiones con los brazos y cintura.)*

MARIA. Pero, ¿qué es lo que te preocupa, mamá?

ISABEL. Ahora te lo diré. ¿No tienes nada que hacer, Encarnita?

ENCAR. Sí. Esperar a que pase Martín para ir a la Universidad, pero me parece que ya no tengo edad para que me echen cuando se va a hablar de algo interesante.

ISABEL. No es nada de particular; pero las yenes fils se deben enterar de las cosas a su debido tiempo.

ENCAR. Pardon, mamá. Au revoir. Je vais peler la dinde. *(Vase riendo.)*

ISABEL. ¡A pelar la pava! ¡Qué calambur!

MARIA. ¡Vamos, mamá, que me tienes sobre ascuas!

ISABEL. No sé cómo decírtelo, y, sobre todo, no sé cómo decírselo a tu marido... ¡Son tan distintas las costumbres españolas!...

MARIA. Mamá. Es ridículo que por tres semanas que has estado en Francia...

ISABEL. Y tres meses todos los años en San Sebastián, que es la antesala; pero para el caso es lo mismo, porque aquí se trata de un extranjero.

MARIA. ¿Cómo que se trata de un extranjero?

ISABEL. Sí. De un noble conde portugués.

MARIA. Sigo sin entenderte.

ISABEL. Recuerda que me casé siendo una niña. Naciste tú cuando seguía siendo una niña. Te casaste siendo una niña también... Y ahora...

MARIA. No eres ya ninguna niña...

ISABEL. Pero estoy en mi seconde yuvenans...

MARIA. Adivino, mamá, lo que quieres decirme.

ISABEL. ¿Lo adivinas? ¡Bien dice el refrán que el amor y el dinero no pueden estar ocultos! Sí, María, sí. Mi corazón ha despertado después de un letargo de quince años. Despierta joven, impetuoso, volcánico. Como fué siempre. La naturaleza reclama imperiosamente sus derechos.

MARIA. ¡Mamá...!

ISABEL. Hubiese arrastrado eternamente por el mundo mis tocas de viuda, si un hombre no se atraviesa en mi camino...

MARIA. ¿Es que piensas casarte?

ISABEL. Si no quereis verme mustiar como flor arrancada de su tallo, tendréis que mariarme.

MARIA. Pero así... De repente... ¿Quién es ese hombre?

ISABEL. Un noble lusitano. Ya te lo he dicho. El conde del Castelo das Doce Torres y os Doce Pontes.

MARIA. ¡Qué atrocidad!

ISABEL. De la más rancia aristocracia.

MARIA. Mamá, mamá... ¡Mira que casarte ahora!...

ISABEL. Aparte del amor, que me impele, no puedo desdeñar una posición tan brillante... Los años pasan, una se pasa también...

MARIA. Entonces, ¿es cosa decidida?

ISABEL. Sí. El conde, que también está muy impaciente, vendrá hoy mismo a pedir mi mano a Trinidad, como jefe de la familia... ¡Ay, el cuer me salta en el pecho!

ENCAR. *(Entra corriendo por la izquierda.)* ¡Viene Trinidad! Le he visto desde el balcón.

PETRA. *(Entrando también.)* Viene el señor.

RODRI. *(Es el secretario de don Trinidad. Perfecto tipo de chupatintas.)* Creo que ya tenemos aquí al jefe. Muy buenos días, doña María. *(Quedan todos formando dos filas, esperando la entrada de don Trinidad. En la derecha, Rodríguez, doncella y criada. En la izquierda, María, doña Isabel y Encarnita.)*

TRINI. *(Aparece en el foro, precedido de José, el criado. Viene apabullado, con la cara larguísima, renqueando de la pierna derecha y arrastrando el morral repleto de caza. Al ver reunida a toda la familia y servidumbre, se queda un poco perplejo.)* ¡Buenos días! *(Disimula con risa de conejo. Alegría en todos, saludos y felicitaciones. Animación.)*

RODRI. ¡Viva el intrépido cazador!

TRINI. ¡Silencio, Rodríguez! Ya sabe usted que detesto las apoteosis! Hola, María. Buenos días, mamá...

ISABEL. ¡Oh, mon peti yandre! ¡Grand chaser!

TRINI. ¿Cómo le ha ido a usted por París?

MARIA. Ya ves. Nos la han traducido.

ISABEL. Llegué ayer noche... No hay nada... Nada comparable con la *vil lumier.*

TRINI. *(Que ha acariciado a Encarnita.)* ¿Has sido formal, cuñadita?

MARIA. Dinos. ¿Has cazado mucho? *(Descomponen las filas.)*

TRINI. ¡Mucho!

RODRI. *(Con cierta sorna.)* ¿Algún oso?

TRINI. Le diré a usted... He estado a punto...

MARIA. Pero, ¿cojeas?

TRINI. No... No es nada.

RODRI. Algún mal paso que ha dado usted.

TRIN. No. No ha sido un mal paso precisamente. Huyendo de una fiera salté una verja...

ISABEL. ¿Una verja en el monte?

TRINI. Una cerca, he querido decir. *(A José, disimulando.)* Saca, saca lo que viene en el morral... Sólo os he traído un pequeño recuerdo. Lo demás se lo cedí a los pobres.

ISABEL. ¡Oh, tres esplendide! *(José va sacando del morral unos cuantos conejos y perdices, que da a Petra.)*

MARIA. ¿Te has divertido mucho?

TRINI. ¡Mucho! La cacería ha sido una cosa muy seria... Me he divertido...

ISABEL. *(Que ha cogido una perdiz y la huele.)* No sé por qué me da en la nariz...

TRINI. *(Alarmado, volviéndose, pues da espalda a doña Isabel.)* ¿Cómo?

ISABEL. Que me da en la nariz que las perdices no están buenas.

TRINI. ¡Ah! *(Tomándolo a broma para disimular.)* ¿Cómo van a estar buenas si están muertas? Además, mamá, huélalas usted por otro sitio....

ISABEL. ¡Ay, qué calambur!

RODRI. Es que es muy posible que no le hayan escogido a usted para traer, las últimas que ha cobrado...

TRINI. Nada de eso. Esas perdices las he pagado, digo, las he cobrado hoy mismo.

PETRA. ¡Ay, también viene un conejo casero!

TRINI. ¿Cómo que hay un casero?

PETRA. Este.

ISABEL. En efecto.

RODRI. A mí me parece montaraz y muy montaraz.

TRINI. Comprenderán ustedes que nadie puede impedir q un conejo salga libertino y se fugue de casa. Tampoco se pue exigir a un cazador que averigüe los antecedentes familiares la pieza que se le pone a tiro.

ISABEL. No te enojes, mon cher fil.

TRINI. No. Es por si acaso se cree que hago lo que otr cazadores, que, para presumir, compran los conejos y tiene q pagar más caros los muertos a tiro...

RODRI. ¡Cómo se iba a pensar eso de una persona tan ser como usted!

MARIA. No digas tonterías, hombre.

TRINI. Muy bien. Ha terminado el incidente. Ahora, pasa la expansión familiar, es preciso que me dejéis despachar con secretario. Tendrá usted muchos asuntos, ¿verdad, Rodríguez?

RODRI. Bastantes, bastantes.

MARIA. ¿No te cambias de ropa?

TRINI. Ahora, ahora.

ISABEL. ¿Ni tomas nada?

TRINI. No tengo gana.

ISABEL. Yo tengo que hablarte, como jefe de la familia.

ENCAR. Martín y yo esperábamos tu llegada para que su venga a pedir mi mano.

TRINI. Bien, bien. Luego hablaremos de todo. Ahora voy despachar con Rodríguez. *(Las empuja hacia la izquierda.)*

ISABEL. Adié, mon yandre, cherí.

MARIA. Hasta ahora, Trinidad... Olvídate un poco de t altos deberes para dedicarme unos minutos...

TRINI. ¡Oh, mis altos deberes!... Soy un esclavo de la po tica, del partido...

ISABEL. *(Saliendo con sus hijas.)* Me preocupa su severida

MARIA. Trinito, cuando termines, ven a tomar el desayu y a cambiarte de ropa. *(Vanse todas.)*

TRINI. *(Dejándose caer en una butaca al verse solo con R dríguez.)* ¿Estamos solos?

RODRI. Sí, señor. Puede usted contarme, gran picarón, mo le ha ido en esa aventura... ¡ja, ja!

TRINI. ¿Que cómo me ha ido en la aventura?

RODRI. Con el debido respeto, don Trinidad... ¡Es usted pirandón formidable!... ¡Ja, ja!

TRINI. ¡Rodríguez, Rodríguez!... ¡No le consiento a ust chirigotas!

RODRI. Perdone usted, pero como estoy en el secreto y ha ta le he ayudado a preparar la coartada para que pudiera dar este verde...

TRINI. ¿Con que un verde?

RODRI. Perdone usted de nuevo que se me haya escapado este giro plebeyo...

TRINI. No se trata de eso, Rodríguez. Es que estoy que salto. Le he mandado quedarse para contarle la desventura de mi aventura.

RODRI. ¿Le ha fallado a usted?

TRINI. Un fallo con arrastre y además he hecho las diez de últimas.

RODRI. ¿Qué? ¿Se negó a recibirle?

TRINI. ¡Ojalá!

RODRI. ¿Entonces?...

TRINI. ¿Sabe usted dónde he pasado estos ocho días?

RODRI. No acierto.

TRINI. ¡En la cama! Con una distensión ligamentosa que me ha tenido en un grito.

RODRI. ¡Ha tenido usted mala pata!

TRINI. Mal pie, Rodríguez.

RODRI. Bueno, pero siquiera ha pasado usted los ocho días como soñaba en el pequeño hotel, friccionado por unas níveas manos...

TRINI. ¡Sí, sí! Me he pasado los ocho días en el Gran Hotel friccionado por las callosas manos de un camarero.

RODRI. ¿Qué me cuenta usted?

TRINI. Una tragedia, amigo Rodríguez. Una tragedia. La misma noche que llegué a la Ciudad Lineal, cuando apenas había saboreado la miel de sus labios, se presentó inopinadamente el fiero portugués.

RODRI. ¡Me imagino la escena!...

TRINI. ¡Ca! No se la puede usted imaginar.

RODRI. Sería un drama horrible.

TRINI. Más bien un juguete cómico.

RODRI. Como hablaba usted de una tragedia...

TRINI. Eso vino después. Por un equívoco funesto, el Conde me tomó por un bandido.

RODRI. ¿A usted? ¿Con esa cara?

TRINI. Esta cara se le antojó la de un criminal nato. Yo, por salvar la vida de la infeliz Susana, callé...

RODRI. ¡Qué valor!

TRINI. Le diré a usted...

RODRI. ¡Ah! ¿Es que tenía usted miedo?

TRINI. ¡Y usted si se hubiese visto en mi caso!

RODRI. Sí, sí. Comprendo. Dijo usted como Hamlet: ser o no ser...

TRINI. Yo no sé lo que diría Hamlet; pero yo no dije ni una palabra y me dejé atar.

RODRI. ¿Hasta ahí llegó usted?

TRINI. ¡Anda, si no hubiese llegado más que hasta ahí!

RODRI. ¿Hubo más?

TRINI. El portugués me dejó atado y se fué con Susana, no sin avisar antes por teléfono a la policía. Providencialmente, como en una película, surgió de debajo de la cama un ladrón auténtico. A fuerza de dinero le convencí para que me sustituyera y yo huí. Al saltar la verja me destrocé la ropa y me produje la distensión.

RODRI. ¡Menos mal!

TRINI. ¿Cómo que menos mal? ¿No se da usted cuenta de mi compromiso? He hecho amistad con un ladrón. Estoy ligado a él por un secreto. He tenido que poner en juego toda mi influencia para que no le procesen. He perdido para siempre a la bella Susana...

RODRI. Es grave, es grave...

TRINI. ¡Qué semana he pasado en la cama de una fonda! Porque con lo bien que había preparado la cacería no podía volver y menos cojo... Desde Asturias tenía encargo de mandar diariamente una carta para mi esposa... No me atreví a confiarme a nadie... ¡Porque si llega a saberse!... Hasta usted estaba fuera aprovechando mi ausencia...

RODRI. En fin, ya ha pasado lo más gordo. Ahora puede usted estar tranquilo...

TRINI. *(Respirando con satisfacción.)* Sí, Rodríguez; ya puedo respirar tranquilo al verme en mi casa...

JOSE. *(Foro.)* Señor... Un caballero pregunta por usted con insistencia.

TRINI. ¿Quién es?

JOSE. Me ha dicho que es íntimo del señor y que bastaba que le dijese al señor que estaba el Duque.

TRINI. ¡Ay!

RODRI. ¿Qué le pasa a usted?

JOSE. Señor...

TRINI. Nada. Nada. No ha sido nada. El pie... Dile... Dile que espere un momento.

JOSE. Bien, señor. *(Mutis.)*

TRINI. ¡Ay, Rodríguez de mi alma! ¡Ya está ahí!

RODRI. Pero, ¿quién?

TRINI. ¡El Duque!

RODRI. ¿Quién es ese aristócrata?

TRINI. ¡El ladrón! ¡Mi cómplice!

RODRI. ¡María Santísima!

TRINI. ¡Y yo que decía que podía respirar tranquilo!

RODRI. Pero, ¿no estaba en la cárcel?

TRINI. Sí, pero como he puesto en juego todas mis influencias para que no le procesasen... ¡Se han excedido en atenderme!...

RODRI. ¡Ironías de las recomendaciones!

TRINI. No voy a tener más remedio que recibirle...

JOSE. Señor. Ese caballero dice que no gaste usted cumplidos, que acaba de venir de veranear y necesita verle en seguida.

TRINI. ¡Que pase! *(Vase José.)* Retírese usted, Rodríguez.

RODRI. *(Haciendo mutis por la izquierda.)* ¡Si esto lo supiera Saborit!

DUQUE. *(Entra por el foro con gran desenfado. Viste chaquet nuevo, corbata detonante, guantes muy llamativos, que le embarazan, pero que no se quita, y reluciente chistera, que nunca sabe dónde poner ni cómo tener para que no se le estropee.)* ¡Bu nos días, Manteconcito de mi alma!... ¡Un abrazo!

TRINI. Pero... ¿Usted?...

DUQUE. ¿Qué? ¿Me encuentra algo cambiado?

TRINI. Algo, algo...

DUQUE. No. Me encuentra usté trasformao. Pues lo mismo que es por fuera es por dentro. ¡Soy otro hombre, Trinito!

TRINI. Pero, ¿cómo le han puesto a usted en libertad tan pronto?

DUQUE. ¡Toma! ¡Gracias a las recomendaciones de usted! ¡Vaya un tío con influencia!... El juez, don Tertuliano Pí, al saber que era cosa de usted, ha hecho aún más de lo que ha podido. Y le advierto a usted que don Tertuliano Pí es de los severos, de los que por menos de nada le empapelan a uno...

TRINI. Bueno, Desiderio...

DUQUE. Desi. A mí los íntimos me llaman Desi, como a usté Trinito.

TRINI. Pues bien, Desi, le voy a dar a usted el dinero para que se vaya en seguida.

DUQUE. ¿Para que me naje? ¡Vamos, usté está cocainomano! ¿No hemos quedao en que iba a regenerarme al lao de usté? Ya le he dicho que quiero hacerme persona decente, que tié más cuenta. Que con la policía que hay ahora no pué ser, se mete en to y no deja vivir a nadie.

TRINI. Sí, pero... pasar así a persona decente...

DUQUE. To es cuestión de nombre.

TRINI. ¿Cómo de nombre?

DUQUE. Es claro. Roba usté un panecillo, pongo por caso vulgar, y le llaman ladrón y se le llevan a la trena. Roba usté veinte gramos en ca panecillo u séase que roba usté más de cien libretas ca día y le llaman industrial... ¡Cuestión de nombre!

TRINI. Eso es una vulgaridad.

DUQUE. Ya se lo he dicho a usté antes; pero una vulgaridad como un templo... Se juega usté seis reales al cané en la Ronda

y le llaman golfo. Se juega usté seis mil pesetas en Parisiana y le llaman socio. Es usté el manús de la cobay de una gachí y to el mundo le desprecia llamándole chulo. Se casa usté por la luz con una señorita panoli y le llaman el distinguido joven... Pero, señor, si es hasta en los chaveas. Si juegan al marro los llaman granujillas y si dan patás a una pelota espuérmans.

TRINI. Encuentro un poco fuera de tiempo toda esa filosofía barata. Vamos a lo principal. ¿Cómo lo ha pasado usted en estos ocho días? ¿Cómo se ha arreglado para que no se sepa?

DUQUE. Pasar lo he pasao lo mismo que un príncipe. ¡He comío en el palace Moncloa, que ni en el Ritz!

TRINI. Sí. Yo encargué que le llevaran dos buenas comidas al día. Dos cubiertos de cinco pesetas.

DUQUE. ¡Bah! Una miseria. Eso me servía de entremés. La gachí, creyendo que era usté el que estaba en la trena, me enviaba otras dos comidas píparas, na menos que de Lhardy, y la doncella, por su parte no sabiendo na se conoce, una cesta, que ni las que daban en Palacio por Semana Santa... ¡Me hinchao, chico, me he hinchao!... Y lo mismo que de comida he estao de tabaco y de to... ¡Ah, y qué cartas me ha escrito la gachí esa desde San Sebastián!

TRINI. ¿Cartas también?

DUQUE. ¡Puff! Pa incendiar una cámara frigorífica. Vamos, era a usté al que se las escribía. Está colá completamente. Esto de que pasase usté por ladrón pa salvarla, la ha llegao mu hondo... ¡Mia que si ella supiera!...

TRINI. Supongo que usté no habrá contestado.

DUQUE. ¡Ya lo creo! ¡Y menudas cosas le he dicho!

TRINI. ¡Jesús!...

DUQUE. Pero, ¿habrá pasmao? ¿Se cree usté que yo no sé camelar a una socia de éstas? ¡Loca la he vuelto! Las cosas que la he dicho la han acabao de colar.

TRINI. ¿Qué la habrá dicho, Dios mío, qué la habrá dicho?

DUQUE. Marchoserías con gracia.

TRINI. ¿Y esa ropa se la ha enviado también ella?

DUQUE. No. Me parecía muy pronto pa que le vistiese a usté. Este traje me le he comprao yo con el dinero que usté me dió. Me parece que es elegante, ¿eh?... Fíjese en la corbatita. ¡Que no me falta detalle! He querido presentarme como es debido pa que no tenga usté na que decir y pueda irme metiendo en el gran mundo.

TRINI. ¡Hombre, no querrá usted que le proteja para hacer una carrera política!

DUQUE. Ca. No. Le he dicho a usté que quiero regenerarme. Don Tertuliano Pí me ha puesto tan pronto en libertá precisamente por eso.

TRINI. Ya veremos. Ya veremos.

DUQUE. A mí largas, no. No se le olvide a usté que estoy en el secreto. Que a una palabra mía su mujer se entera de to y arma la gorda. La otra pierde toda la ilusión y la gente que le tié a usté por tan severo le toma a chufla y tié usté que emigrar.

TRINI. Me parece que las amenazas...

DUQUE. No, hombre. Si no son amenazas.

ISABEL. *(Entrando.)* ¡Ah!... Perdón. Creí que estabas solo.

TRINI. *(Muy azorado.)* Dispense usted, mamá. Estoy con este... señor.

DUQUE. Pero de toda confianza. Amigo de la infancia.

ISABEL. ¿Sí?

DUQUE. Amiguismos, señora. Amiguismos. *(Avanza desenfadado.)*

ISABEL. No sabía... Preséntame.

DUQUE. Preséntanos, hombre.

TRINI. ¿Yo?... *(Apuradísimo.)*

DUQUE. Vaya, me presentaré yo mismo. Desiderio López...

ISABEL. ¡Oh, tres oriyinal!... Isabel Requejo, viuda de Presa.

DUQUE. ¿De modo que es tu mamá?

TRINI. No...

ISABEL. No. Bel mer, bel mer nada más.

TRINI. Mi suegra.

DUQUE. ¡Ah, ya!

ISABEL. Nunca nos habías hablado de este amigo.

DUQUE. ¡Ah, qué ingrato!

TRINI. Es que ha estado mucho tiempo fuera.

ISABEL. ¿Viajando por su gusto?

DUQUE. No. A la fuerza.

TRINI. Gages de su carrera.

ISABEL. ¡Ah! ¿Y qué carrera tiene usted, si no es indiscreción?

TRINI. (¡Sí que lo es!)

DUQUE. Yo... soy... ¡Registrador de la propiedad!

TRINI. Eso es. Registrador de la propiedad.

DUQUE. Pero lo he dejado para siempre.

ISABEL. ¿Vive usted en Madrid?

TRINI. No. Acaba de llegar.

ISABEL. ¡Ah, forastero!... ¿Estará usted en alguna pansión?

DUQUE. Estaba... Estaba... Pero la pansión donde me habían alojado era fría e incómoda. Con mala vecindad... Trinito me estaba rogando que me alojase aquí hasta que ponga casa, pero yo, la verdad, no me gusta estorbar.

ISABEL. Debe usted aceptar. Tendremos mucho gusto. Será un honer par nous.

DUQUE. Mersí, madam.

ISABEL. ¡Oh! ¿Vu parlé fransé?

DUQUE. Chamullé, chamullé.

ISABEL. Insisto en que se quede usted con nosotros.

TRINI. No. No tenemos derecho a privarle de libertad.

DUQUE. Mira, chico. Me sacrifico con gusto. ¡Me quedo!

ISABEL. ¡Muy bien!

TRINI. ¡Yo no puedo consentir esto!

DUQUE. No insistas. ¡Me sacrifico!

ISABEL. ¿No has oído que pierde con gusto la libertad?

DUQUE. Ya sabes, Trinito, que no es la primera vez que he perdido la libertad por ti.

MARIA. *(Asomando.)* ¿Estás ocupado?

ISABEL. Pasa, pasa. Es un amigo de confianza.

DUQUE. De toda confianza. Tu mujer, ¿verdad?

TRINI. (¡Oh, el que va a presidio y por asesinato, soy yo!)

ISABEL. Es un amigo de la infancia de Trinidad.

MARIA. ¿De veras?

DUQUE. Nos hemos conocido andando a gatas. ¿No es verdad?

TRINI. No puede ser más cierto. Gateando andábamos...

MARIA. ¿Este es el amigo que me has contado que te quería tanto y sufría los castigos por tí?

DUQUE. ¡El mismo! Porque éste, donde le ve usted ahora tan serio... ¡Ha hecho cada cosa!...

TRINI. ¡Desiderio!...

MARIA. ¡No te enfades! *(Al Duque.)* Ya me contará usted todas esas cosas, porque supongo que frecuentará esta casa...

DUQUE. ¿Cómo frecuentar? Esta casa de ahora en adelante será mía.

ISABEL. Mesié Desiderio vivirá con nosotros el tiempo que esté en Madrid.

MARIA. Lo celebro. ¡A ver si alegra usted un poco esta casa!

DUQUE. ¡Ya lo creo! Menudas juergas vamos a armar.

ISABEL. ¿No tiene usted familia en Madrid?

DUQUE. Ni en Madrid ni en ninguna parte. Estoy solo en el mundo.

ISABEL. ¡Oh, pobre!... ¡Qué interesante!...

DUQUE. Por eso he buscado a Trinito. Mi familia serán ustedes y todo cuanto yo tengo será para ustedes y para los hijos de ustedes.

MARIA. No tenemos hijos.

DUQUE. Pues para los padres. Me es igual.

ISABEL. ¡Qué rasgo más generoso!... No cabe nada más simpático ni más noble. *(A Trinidad que se ha sentado en una bu-*

taca y tiene la cabeza entre las manos.) ¿Por qué no nos has pr sentado antes a este amigo? Pero, ¿qué te pasa, mon petit?

DUQUE. Nada. Nada. Que como discutíamos si me queda o no me quedaba... Pues rabia, rabia, como te decía en el colegi Rabia que me quedo.

ISABEL. ¡Muy bien!

DUQUE. De aquí no me voy aunque me eches.

ISABEL. ¿Echarle? Desde hoy es usted de la familia.

MARIA. ¡Nos ha sido usted tan simpático!...

DUQUE. ¿Oyes, Trinito? ¡De la familia!

TRINI. (¡La que me espera!)

MARIA. Venía a pedirte la llave del armario para sacarte ropa.

TRINI. ¿Las llaves? ¿Necesitas las llaves?...

MARIA. ¡Claro, hombre!

TRINI. Pues el caso es que he perdido el llavero.

MARIA. Pero si le llevabas en el cinturón...

TRINI. Es... que he perdido también el cinturón...

ISABEL. ¿Cómo es posible?

DUQUE. Lo pierde todo. De chico le pasaba lo mismo. Un vez perdió el chaleco y otra los calcetines...

MARIA. Pero, ¿has perdido el cinturón con el cuchillo y e revólver?

TRINI. Sí. En el monte.

ISABEL. Es raro.

DUQUE. No. En el monte se pierde hasta la camisa.

MARIA. ¿Y qué hacemos ahora? Todos tus muebles está cerrados. Habrá que llamar a un cerrajero... Estropearlos...

DUQUE. ¿Cómo estropearlos? ¡Nada! Yo lo abriré todo Deme usted un alambre y unas tenazas.

TRINI. ¡Desiderio! *(Horrorizado.)*

DUQUE. Nada, hombre. Déjame a mí, que no te estropeo.. A ver, dónde está ese armario.

MARIA. Por aquí. Venga usted por aquí. *(Vase con el Du que por la derecha.)*

TRINI. ¡No puede ser! ¡Esto no es tolerable! *(Se pasea nervioso.)*

ISABEL. ¿El qué?

TRINI. Que ese hombre se aloje aquí.

ISABEL. Pero, ¿no es un amigo tuyo de la infancia?

TRINI. Sí..., pero es muy mal educado... Muy ordinario...

ISABEL. No te importe. Ya le afinaremos. Oye. Tengo que hablarte de *un afer tres uryant e important.*

TRINI. Bueno, pero le ruego a usted que me lo dé traducido.

ISABEL. Siéntate. Siéntate. *(Con un suspiro exagerado.)* ¡Ay!...

TRINI. ¿Qué pasa?

ISABEL. Se trata de mi corazón.

TRINI ¿Está usted enferma?

ISABEL. Herida de muerte. Estoy enamorada.

TRINI. ¿Habla usted en serio?

ISABEL. No creo que Julieta, ni Amanda, ni Eloísa, sintieran una pasión mayor que la mía.

TRINI. Pero, mamá..., a sus años...

ISABEL. El alma no tiene edad.

TRINI. Bien, bien. Yo no he de oponerme... *(Se levanta.)*

ISABEL. ¿No?

TRINI. No estoy yo ahora para pensar en eso, con lo que...

ISABEL. Pero escucha...

TRINI. Bueno, ¿y quién es el novio?

ISABEL. Cuando te diga su nombre, te vas a asombrar. Es un noble lusitano.

TRINI. ¿Lusitano?

ISABEL. El Conde del Castillo de las Doce Torres y los Doce Puentes.

TRINI. ¿Eh? ¿Qué dice usted?

ISABEL. Ya sabía yo que te iba a asombrar.

TRINI. Pero... Si es que eso no es posible...

ISABEL. ¿Te parece demasiado?

TRINI. Me parece el colmo.

ISABEL. Ya sabía yo que te ibas a poner muy contento.

TRINI. ¡Como unas castañuelas!

ISABEL. Pues entonces, si te parece bien, hoy mismo vendrá a pedirte mi mano.

TRINI. Mi man... Su man..., a mí... ¡A mí, no!

ISABEL. Eres el jefe de la familia. No tienes más remedio... Luego vendrá... Voy a escribirle diciéndole que no te opones a nuestra felicidad... ¡Está tan impaciente el pobrecito!... ¡Y yo!..., ¡ay!..., ¡me desvanezco!... Mañana mismo cumpliré mi voto de ir descalza al amanecer hasta San Antonio de la Florida. Pero voy, voy corriendo a escribir a mi portuguesito... *(Al hacer mutis.)* ¡Amur, amur, cand ti nu tians! *(Vase canturreando y marcando un fado.)*

TRINI. Yo no sé si sueño o estoy despierto. Un ladrón metido en mi casa, alternando con mi familia... El portugués pidiéndome la mano de mi suegra... ¿Qué me irá a ocurrir ahora, Dios mío?

MARIA. *(Entrando, seguida del Duque.)* ¡Oh, tu amigo ha abierto los armarios admirablemente! *(Riendo.)* ¡Parece que no ha hecho otra cosa en toda la vida!

DUQUE. *(Modestamente.)* Usté me confunde... De afición, nada más que de afición.

MARIA. Anda. Ya puedes cambiarte de ropa.

TRINI. Déjame... No tengo yo gana...

MARIA. Anda, hombre, que estás hecho una facha y esper una visita.

TRINI. ¿A quién?

MARIA. A una señorita muy amable que conocí en San Sebastián este verano. Susana Piranduelo.

TRINI. *(Dando un salto.)* ¿Susana Piranduelo?

MARIA. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te extraña? ¿La conoces

TRINI. No... Ni de vista... Es que me molestan las visitas ¡Sabe Dios quién será!

MARIA. Tienes que quitarte esa manaía de ser tan sever para escoger amistades. Hay que vivir con el mundo.

TRINI. Bueno, bueno. Recíbela tú, pero no intimes.

MARIA. Como quieras. Supongo que tu amigo almorzará con nosotros.

DUQUE. Claro. Y cenar y todo.

MARIA. Pues voy a disponer... *(Mutis.)*

TRINI. ¡Esto es para volverse loco!

DUQUE. No te apures, Trinito. De todo iremos saliendo.

TRINI. Haga usted el favor de no tutearme.

DUQUE. Es que resulta difícil llamarte de usté cuando estamos solos y llamarle a usté de tú cuando está la familia. Me tengo que ir acostumbrando.

TRINI. No tiene usté que acostumbrarse, porque ahora mismo, ahora mismo, se va usted a marchar de aquí para no volver. Tenga su dinero. *(Saca la cartera.)*

DUQUE. Me alegro. Precisamente te iba a pedir... *(Se guarda el dinero.)* Y no te preocupes, que de todos los apuros te iré yo sacando.

TRINI. ¡El portugués, que va a venir a pedirme la mano de mi suegra!...

DUQUE. ¿El baranda de Susana?

TRINI. ¿Cómo el baranda?

DUQUE. El que paga, hombre; no sabéis ni hablar... Bien me escribía ella que todo aquello de los celos era una martingala para pescarla con otro y deshacerse de ella.

TRINI. Caramba. ¡Pues lo podía haber dicho!... Y para colmo, presentarse aquí ella.

DUQUE. Eso se lo he indicao yo.

TRINI. ¿Cómo?

DUQUE. Claro, hombre; para hacerte un favor. ¡Si tú no sabes aún lo que me debes!...

TRINI. Pero, ¿usted le ha dicho que venga?

DUQUE. Tutea, hombre, tutea. En una carta, me preguntaba ella si por casualidad era mi familia, vamos, la tuya, una

que había conocido hace unos meses en San Sebastián, estando con su hermana. Yo le dije que sí, y que viniera de visita, sin darse por enterada.

TRINI. ¡Qué atrocidad!

DUQUE. Vamos, anda. Es una martingala que pa qué... Te la he traído a casa pa que no tengas ni que incomodarte...

TRINI. No. No. Esta situación tiene que acabarse. Usted busca un pretexto para marcharse hoy mismo... A ella le escribe usted diciéndole que me olvide... Y al portugués... ¿Cómo me desharía yo del portugués?

DUQUE. Ya lo pensaremos.

TRINI. Ese es el compromiso gordo. Va a venir... Mi suegra está enamoradísima... Me ha dicho que ha prometido a San Antonio ir descalza hasta su ermita, y en esta casa las promesas son sagradas. Sagradas.

ENCAR. *(Entrando con Martín. Este es el prototipo del pollo «bien». Una verdadera caricatura en el modo de hablar, de accionar y de vestir.)* ¿Se puede?

TRINI. ¿Qué quieres tú también? ¡Milagro será!

ENCAR. ¿No estás solo?

DUQUE. Pase usted. Yo soy de toda confianza. Amigo de la infancia...

ENCAR. Es que viene Martín...

DUQUE. ¡Que pase Martín!

TRINI. ¡Ah! Que pase, que pase.

MARTIN. Muy buenos días. ¿Qué tal le ha ido en Asturias? Ya me ha dicho Encarnita que la cacería ha sido macanuda. Yo también he estado esta semana en la Sierra, en el monte de un amigo, y hemos pasado unos días estupendos. Hemos tenido un tiempo brutal.

TRINI. ¿Han cazado ustedes mucho?

MARTIN. ¡La caraba! Una burrada. Lo que se dice una burrada. Tiene usted que venir un día con nosotros. Mi amigo tiene un cuarenta hispano que tumba. La otra tarde atropellamos tres perros, matamos seis gallinas y por poco dejamos extraplano a un peón caminero. Estupendo.

DUQUE. ¡Brutal! *(Le imita en la acción, como ya le ha imitado antes en el modo de llevar el pañuelo y doblarse los puños de la camisa.)*

MARTIN. No quiero entretenerle a usted. Le diré el objeto de mi visita y me voy corriendo, que esta tarde tengo polo.

TRINI. Pues usted dirá.

MARTIN. Ya sabe usted que mis papás no están en Madrid, y como Encarnita quiere que formalicemos las relaciones y usted es tan severo, tan serio, pues he pensado que venga mi tío, el hermano de mi madre, a hablar con usted.

TRINI. Me parece muy bien, pero no corre prisa.

MARTIN. Sí, sí. Le he dicho que venga esta tarde. Creo que le conocerá usted. Es don Tertuliano Pi. Le acaban de destinar...

TRINI. *(Horrorizado.)* ¿Don Tertuliano Pi?

DUQUE. ¿El juez?

MARTIN. ¿Les asombra a ustedes?

ISABEL. No... Si... No...

DUQUE. Es muy amigo mío también. Pero tiene razón éste. No corre prisa.

ENCAR. Tengo que advertirte, Trinito, que al ponerme en relaciones con Martín, prometí un hábito.

MARTIN. Los dos estamos embuerrados. Es una cosa estupenda. Por eso... Bueno, no quiero entretenerle más. A eso de las cuatro vendrá mi tío. Muy buenos días, caballero. Hasta luego, don Trinidad. Adiós. *(Mutis con Encarnita.)*

TRINI. Pero, ¿tú has visto?

DUQUE. ¡Vamos, hombre; ya te decides a tutearme!

TRINI. ¡La catástrofe!

DUQUE. ¡Calla hombre; si parece una chufla!

TRINI. El portugués, por un lado...

DUQUE. La individua, por otro...

TRINI. El juez, para remate...

DUQUE. ¡Y todos aquí esta tarde!

TRINI. ¡Horrible! ¡Y para colmo, usted!...

DUQUE. Tutea, hombre, tutea...

TRINI. Es imposible salir del apuro.

DUQUE. Estoy pensando...

TRINI. No veo más solución que el suicidio, la fuga... ¡Vienen! *(Se sienten las voces de todas las mujeres.)*

MARIA. Vamos a almorzar.

ISABEL. ¿No te vistes?

ENCAR. Martín me ha dicho que su tío vendrá antes de las cuatro.

DUQUE. *(Casi a gritos, encarándose con Trinidad, que le escucha asombradísimo.)* No. No busques como pretexto para no contestarme la presencia de tu familia. Precisamente delante de ella. Ahora que estamos reunidos todos, es cuando voy a hablar yo clarito.

TRINI. ¿El qué? *(Alarmadísimo.)*

DUQUE. Lo van a saber todo. ¡Todo! ¿Entiendes? Y que me digan ellos si tu conducta es digna de un hombre que presume de serio, de severo, de persona decente...

TRINI. ¡Calla!... *(Le tira de la americana, y el Duque le rechaza.)*

DUQUE. ¡No quiero!

MARIA. ¿De qué se trata?

ISABEL. ¿Por qué se exalta así *mesié* Desiderio?

DUQUE. Lo van ustedes a saber.

TRINI. (¡Dios mío!)

DUQUE. Me ha contado Trinito que en el monte se vió en un peligro terrible...

TRINI. (¿Eh?)

MARIA. ¡Ah! ¿Por eso venías cojeando? ¿No fué al saltar una cerca?

ISABEL. ¡Ya me extrañaba a mí la pérdida del cinturón!...

DUQUE. Déjenme ustedes seguir. El caso no es del caso. Quiero decir que el episodio él se lo relatará a ustedes de sobremesa. Mientras tomamos el recuelo.

ISABEL. ¡Ay, el recuelo! ¡Qué *calambur*!

DUQUE. Pero el caso es que Trinidad, al verse con el agua al cuello...

ISABEL. *(Rápida.)* ¿Se cayó en algún río?

DUQUE. Es metáfora. Al verse en el mayor apuro, si la diñaba o no la diñaba... *(Rectifica, ante la risa de doña Isabel.)* que suelen decir las personas ordinarias, va y levanta los ojos al cielo y dice: ¡Virgen de Lourdes *(Como está escrito.)*, si haces el milagro de sacarme con vida, te prometo que en cuanto llegue a Madrid, sin perder momento, en el primer tren, me meto con toda mi familia y voy a verte y a llevarte un cirio de siete arrobas!

ISABEL. Pero, ¿qué nos está usted contando?

DUQUE. La verdad pura. Pero no he terminado. Ese sinvergüenza me acaba de contar todo eso, y ahora tiene el descaro de decirme que no va a Lourdes hasta el verano.

ISABEL. ¡Oh, las promesas hay que cumplirlas! Son sagradas.

DUQUE. ¿Es eso lo que nos enseñaron en el colegio? Te advierto que como ahora mismo, en cuanto comamos, porque la comida es tan sagrada como los votos, no te vayas con toda la familia, el que se va, y para siempre, soy yo.

MARIA. Pero habla, hombre, explícate.

ISABEL. ¿Qué razones tienes para no querer cumplir un voto?

TRINI. Que no quería incomodaros... Que no quería dejar a éste...

MARIA. ¡Ah, de ningún modo! Es un trastorno; pero esta misma tarde saldremos para Lourdes, si así lo has prometido.

ISABEL. A mí se me parte el *quer* al separarme de *mon amour*, pero partiremos.

ENCAR. ¿Y qué hacemos con el tío de Martín, que iba a venir esta tarde?

DUQUE. ¡Aquí no se recibe a nadie hasta que Trinid cumpla su promesa! ¿Aceptas?

TRINI. Tienes razón. Tú me has enseñado el camino de rectitud. ¡Esta tarde saldremos todos para Lourdes!

ISABEL. ¡Y nos acercaremos a *Paguí*!

PETRA. Los señores están servidos.

ISABEL. ¿Y usted nos acompañará, *mesié* Desiderio?

DUQUE. ¡No! Yo me quedaré aquí cuidando de la mesó

TRINI. ¿Eh? ¡Eso sí que ya no lo tolero!... ¡No!

ISABEL. Tú te callas. Tu amigo es aquí..., ¿cómo te diré yo en español?

DUQUE. El amo, madame, el amo. *(Animación. Vans riendo por el foro.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

El Duque aparece cómodamente arrellanado en un butacón, con los pies en alto, fumando un magnífico habano. Lleva una vistosísima bata de última moda.

JOSE. *(Entrando.)* El desayuno, señor.

DUQUE. Déjalo ahí.

JOSE. El peluquero está esperando al señor desde hace media hora.

DUQUE. Que se marche y vuelva a la tarde, que quiero salir recién afeitado. Cuando vuelva la manocura, avísame.

JOSE. No le toca hoy al señor.

DUQUE. Es verdad. Llama a mi secretario y que se traiga el correo. *(El criado hace mutis después de dejar sobre la mesa del centro un magnífico servicio de desayuno, consistente en cafetera de plata, un jarrito para leche, azucarero, taza, etc. El Duque, durante el diálogo que sigue, echa varios terrones de azúcar dentro de la cafetera. Después vierte en ella la leche, lo remueve todo con la cucharilla, y, por último, desdeñando la taza, bebe por el pitorro, al estilo de los cocheros de punto.)*

RODRI. *(Saliendo.)* Muy buenos días, don Desi.

DUQUE. Hola. ¿Usté gusta?

RODRI. Muchas gracias.

DUQUE. ¿Ha llegado el correo?

RODRI. Pero, ¿también va usted a abrir hoy la correspondencia estando ya en Madrid el señor?

DUQUE. Claro, hombre, claro. ¿No sabe usted que Trinito yo somos uña y carne?

RODRI. Sí. El, la carne... Pero, permítame usted. ¿Es que o le han traído taza?

DUQUE. Sí hombre; pero, la verdad, a mí no me sabe bien café como no lo tome así, y ya que estoy solo, me aprovecho. *(Invitándole, le ofrece la cafetera.)*

RODRI. ¡Que aproveche!

DUQUE. Costumbres que tiene uno. A usté le parecerá muy rticular.

RODRI. A mí, más que particular me parece de punto. *(Le varias cartas.)* Tenga usted.

DUQUE. *(Las mira y aparta una.)* Esta se la dejaré a Trito. Es del Palacio del Hielo.

RODRI. ¿Cómo del Palacio del Hielo?

DUQUE. Yo llamo así al Ayuntamiento.

RODRI. ¡Ah, ya!

DUQUE. *(Ha terminado de tomar el desayuno. Coge un ucarillo, lo moja en el vaso de agua y se lo come a bocados, mismo que si fuera un bizcocho, bebiéndose después el agua.)* n telefonema. *(Lo abre.)* De don Melquiades Alvarez... No eía yo que tuviésemos amistad con lo que nuestras minorías insultan en el Ayuntamiento.

RODRI. Es que hemos pactado para las elecciones.

DUQUE. ¡Putrafacto! *(Lee.)* ¡Bah! Habla de cuando la racríe pelo.

RODRI. ¿Cómo?

DUQUE. Sí. De cuando le den el Poder. *(Vuelve a pegar telegrama.)*

RODRI. ¡Ah, ya!

DUQUE. La verdad, sentiría que el pobre se muriera sin er ese gusto. Le estimo mucho. Hemos sido compañeros de egio.

RODRI. ¿También de don Melquiades? ¡Ca! Ya sabe usted e conmigo no cuela.

DUQUE. Compañeros de colegio en unas elecciones. Yo fuí interventor de los federales. Hace muchos años. Entonces, había republicanos. Hoy ya no dan vivas a la repúblimás que los loros.

RODRI. ¿Entonces, fué usted a las elecciones por un ideal?

DUQUE. Fuí por el bistec y la merluza a la vinagreta.

RODRI. ¡Qué cosas tiene este hombre!... Aquí tiene usted on Trinidad.

TRINI. *(Entrando.)* Buenos días.

DUQUE. Felices, Trinito.

TRINI. No creí que estuviese usted levantado.

DUQUE. Tutea, hombre, tutea.

TRINI. ¡No tuteo ni tonteo! ¡Eso tiene que terminarse ho mismo!

DUQUE. ¡Qué cosas tienes! Lo mejor es no hacerle casc Con tu permiso, voy a terminar de vestirme, porque no esto decente. He leído en una revista de modas que no se puede esta con bata después de las diez de la mañana. *(Mutis.)*

TRINI. Pero, ¿ha visto usted, Rodríguez?

RODRI. ¡He visto cada cosa en estos diez días que ha estad usted fuera!...

TRINI. ¡Ya lee las revistas de modas!...

RODRI. Y toma lecciones de francés, de esgrima, de fox de patines, y se da masaje facial... Lo que no quita para qu tome el café por el pitorro, se rasque contra los quicios de la puertas, beba el vino en las botellas y coma con las manos.

TRINI. ¡Si fuese sólo eso!... Lo que me horroriza es mi s tuación. Me veo obligado a convivir con un quincenario, a in troducirle en el seno de mi propia familia... ¡Y de la fam lia no hablemos!

RODRI. ¿No ha resuelto usted el conflicto?

TRINI. Lo he agravado. En Lourdes, mi suegra ha prom tido ir a ofrecer a la Virgen el primer vástago, y el sábado, repente, porque yo, durante el almuerzo, había propuesto un excursión al Perú en canoa para ganar tiempo, se vino a M drid, dejándonos una carta que decía: «Lo mismo que el hier va tras el imán, la mariposa tras la luz, los perdigones tras liebre, yo voy tras de mi portugués, que para mí es el imán, luz y los perdigones.»

RODRI. El portugués, los perdigones, la luz...

TRINI. Un timo, Rodríguez, un timo. Porque es indud ble que ese hombre sólo busca el dinero...

RODRI. ¿Y la prójima?

TRINI. Dispuesta a introducirse aquí también... ¡Y qué de encanto de mujer! Interesada, vulgar...

RODRI. Vamos, usted esperaba encontrar una cortesana mo Aspasia, que discutía con Sócrates sentada en las rodill de Alcibiades.

TRINI. Resérveme usted esa cita para un discurso, que hace falta demostrar a los socialistas que lo que me sobra cultura. Ya ve usted, el otro día me criticaba un periódico q yo digo colega, cuando a usted le consta que yo siempre di cólega.

RODRI. Usted puede decir lo que quiera.

DUQUE. *(Entrando. Viene hecho un figurín. Con el peor usto, ha acumulado en su indumentaria las cosas más de la ltima moda.)* Aquí me tienes, como para que Alfonso me per-etúe en una ampliación... ¿Eh?

TRINI. ¡Estupendo!

RODRI. Es usted un Petronio.

DUQUE. *(Escamado.)* ¿El qué?

RODRI. Un Brumell.

DUQUE. Cuidadito con los epítetos.

RODRI. Pero...

DUQUE. Retírese. Retírese y procure no faltar el respeto a s superiores. *(Vase Rodríguez murmurando.)* ¿Qué es eso de etronio?

TRINI. Un rey godo, te falta cultura. Pero, ahora que re-aro... ¿Esa cadena?

DUQUE. Tuya. Y el reloj también. Por cierto que atrasa.

TRINI. ¡Y el alfiler!

DUQUE. Me ha parecido conveniente alhajarme un poco ara completar.

TRINI. ¡Es el colmo!

DUQUE. Pero, con estas cosas, va uno volao en los tran-as. ¡Como hay tanto ratero!...

TRINI. Yo había dejado las alhajas guardadas en un cajón.

DUQUE. Sí. En el de la mesa del despacho, al lao del di-ero. También he cogido lo que me ha hecho falta. ¡Ah, ten uidao con los duros que te dan, que había cinco sevillanos!

TRINI. ¡Pero si cuando al marcharnos, mi mujer le ofreció usted las llaves, dijo que no le hacían falta!

DUQUE. ¡Y no mentía! ¿Para qué me hacían falta a mí s llaves?

TRINI. Está usted abusando de mí de un modo intolerable.

DUQUE. ¡Hombre! ¿A estas pequeñeces las llamas abusar? -a culpa la tengo yo por ser tan mirao!... Pero nace uno así..., rto de genio. *(Se sienta.)*

TRINI. Bueno. Vamos a hablar clarito. Usted se tiene que archar.

DUQUE. Estamos de acuerdo, pero tutea, hombre, tutea.

TRINI. *(Alegre.)* ¿De veras estás conforme en salir de esta sa?

DUQUE. Y de Madrid.

TRINI. *(Más alegre.)* ¿Qué dices?

DUQUE. Y de España.

TRINI. *(Alegrísimo.)* ¿Es posible?

DUQUE. Y de este mundo.

TRINI. *(Mucho más alegre.)* ¿Te suicidas?

DUQUE. ¡Me embarco!

TRINI. *(Desencantado.)* ¡Ah!

DUQUE. ¡Caray, qué cariño me tienes! Con lo que he hech por ti...

TRINI. No, hombre. Yo te quiero en el fondo.

DUQUE. En el fondo del mar.

TRINI. Pero, ¿adónde te qiueres ir?

DUQUE. A América.

TRINI. ¿Qué vas a hacer allí?

DUQUE. El amor a una mujer... Una gran dama, chico. Un gran dama que se ha enamorao de mí.

TRINI. ¿Una gran dama?

DUQUE. Lo que se dice una gran dama. Figúrate que fum egipcios, toma tes de catorce reales y juega plenos hasta de cie pesetas.

TRINI. ¡Una gran dama! No me digas más.

DUQUE. Es guapísima, elegantísima y está chaladísima p mí.

TRINI. ¿Y se quiere ir a América?

DUQUE. Es su sueño.

TRINI. Pues vete cuando quieras.

DUQUE. No, cuando tú quieras.

TRINI. Conmigo no necesitas cumplidos.

DUQUE. Pero necesito dinero.

TRINI. ¿Cuánto?

DUQUE. Nada. Cuatro cuartos. Cinco mil duros.

TRINI. ¡Qué barbaridad!... ¿Y a eso le llamas cuatro cuar tos?

DUQUE. Cuatro cuartos de esta casa, repugnante y miserabl casero, que cobras seis mil doscientas cincuenta por piso.

TRINI. ¡Hasta me has fiscalizado las cuentas!

DUQUE. Vamos, todavía que me intereso... Conque, ¿m darás los cinco mil duros?

TRINI. ¡Eso es un disparate!

DUQUE. Ten en cuenta que se trata de una gran señora, qu antes de salir de aquí tiene que resolver ciertos compromisos. Qu no puede viajar como una cualquiera. Que necesitamos establ cernos como personas decentes, y sin dinero es muy difícil se persona decente.

TRINI. Que no, hombre, que no. Yo no tengo ese dinero.

DUQUE. Eso se lo puedes decir a otro, pero lo que es a n que...

TRINI. ¡Que me has abierto todos los cajones!

ISABEL. *(Desde la puerta con mantilla, alta peineta y tra negro.) ¿Pe ton passer?*

TRINI. Adelante, mamá. Por Dios...

ISABEL. No me atrevía a entrar. Como no estás sólo...

TRINI. ¡Sí, para éste no puedo tener secretos! Es lo que le staba diciendo. Pero ¿adónde va usted tan ataviada a estas oras?

ISABEL. Vengo de misa. ¿No sabes que es día de precepto? A que tú no has ido, herejote?

TRINI. No. Acabo de levantarme.

ISABEL. Yo lo he hecho al amanecer. A los pajarillos y a os enamorados nos gusta lanzar los primeros trinos cuando el ol envía sus primeros rayos.

DUQUE. ¡Ah! ¿Era usted la que cantaba?

ISABEL. Sí. La serenata de Tosselli *(Cantando.)*

Della notte in seno amato bene
va la mía canzon
al tuo veron
in frenito d'amor.

DUQUE. ¡Mi madre, cómo está tu mamá!

ISABEL. Sí, amigo Desi. Completamente mochales, que dia usted, *o ye sui toqué,* que decimos en Paguí.

TRINI. Pero, ¿no desiste usted?

ISABEL. ¿Desistir? ¡Jamás! Si os opusierais a nuestro amor, aría que mi Conde me raptase, o enajenaría como doña Juana, recurriría para dar fin a mis cuitas al romántico brasero... Pero, o, no. Tú no puedes oponerte a mi felicidad. Tú no puedes trunar en flor la vida de dos seres que han nacido el uno para el tro. Asómate. Verás en la acera de enfrente a mi Condesito irando ansioso a estos balcones, esperando anhelante a que yo gite un pañuelo rojo si es que quieres recibirle o uno verde si e niegas el permiso.

DUQUE. Señora, eso es echarle al corral.

TRINI. No, no. Conmigo no habla. A mí no me ve.

ISABEL. ¡Oh!

TRINI. No necesita usted mi permiso para casarse. ¿No es sted mayor de edad?

ISABEL. Sí... Creo que sí.

TRINI. Pues cásese usted.

ISABEL. No. De ningún modo. Dada la alta posición de mi rometido y tu significación política, no se puede hacer un *maiás malgré tu.*

DUQUE. Tiene razón aquí.

TRINI. ¿Qué dices?

DUQUE. Tú no quieres verte cara a cara con el suegro que e te entra por las puertas. A mí me pasaría lo mismo. Pero ara las ocasiones están los amigos.

TRINI. ¿Qué es lo que dices? No te comprendo.

DUQUE. Tú te vas ahora a misa, que tienes que cump con la iglesia, y yo, mientras tanto, recibo en tu nombre al pc tugués.

ISABEL. Pero eso no es correcto.

DUQUE. Ya me lo dirá usted luego.

ISABEL. ¿Cuándo?

DUQUE. Cuando oiga usted lo que le digo al conde de docena de torres y la docena de puentes.

TRINI. ¿Qué es lo que te propones? *(Aparte.)*

DUQUE. *(Idem.)* Librarte de él para siempre. ¿No ves q ella me ha contao todos sus milagros?

TRINI. *(Alto.)* Efectivamente... Un amigo de la casa pue ser el que primero le reciba... Para que el paso tenga men seriedad... No es mala idea.

ISABEL. No sé si es mala o buena. No quiero reflexiona El amor es ciego. Voy a llamar al ladrón de mi corazón. *(Mu cantando «Ladrón, ladrón...»)*

DUQUE. Ahora verás si te libro o no te libro de ese tío m marracho.

TRINI. No sé cómo pagarte...

DUQUE. ¿Que no lo sabes? ¡Acabo de decírtelo! Con l cinco mil duros. Anda, vete a misa y déjame solo.

TRINI. Sí. Voy a dar gracias a San Dimas por haber proporcionado un compañero como tú. *(Mutis.)*

DUQUE. ¡Me he hecho el amo!... El día que yo empiece mangonear en política, me voy a reír del Romanones y del Sá chez Guerra... Me parece que ya está ahí doña Inés con d Juan. Van a ver quién es menda.

ISABEL. Pasa, dueño mío. Aquí está el señor que nos esper

DUQUE. (¡Y que no sabe él la que le espera!)

CONDE. ¿Hay permisao?

DUQUE. Adelante.

ISABEL. Voy a presentar a usted a mi rendido adorador Conde del Castello das doze Torres e os doze Pontes. Desi, am go de la casa... Creo que también pertenece a la aristocracia Es duque.

CONDE. ¡Oh! ¿Su excellencia es duque?

DUQUE. Sí, pero no le doy importancia. Asiéntese.

CONDE. Con licencia. *(Se sienta junto a doña Isabel. Duque, enfrente.)*

DUQUE. ¿De modo que usté quiere casarse con esta m chacha?

ISABEL. ¡Por Dios, Desi! Machucha más bien que m chacha.

DUQUE. Bueno, es una muchacha machucha o una mach cha muchacha; pero es mucha muchacha, aunque sea machuch

ISABEL. Me confunde, me confunde.

CONDE. Y a mí también.

DUQUE. Yo también me he hecho un lío; pero vamos al grano. Si usté quiere casarse, tiene que decirme con qué cuenta.

CONDE. ¡Oh! ¡Eu conto, conto... com muitos contos...

DUQUE. Nos va a contar el cuento del portugués.

CONDE. O sehor nao me comprehende.

DUQUE. ¿No le he de comprender? A usté le he tañao yo. ¡Usté es un vivales!

ISABEL. Desi, por Dios, que está usted hablando con un noble lusitano.

CONDE. Nao olvide que eu sou o Conde do Castello das doze Torres y a os doze Pontes.

DUQUE. ¡Usté no habillela dos gordas!

ISABEL. Si van ustedes a tratar de intereses, me retiro.

DUQUE. Usté se queda.

ISABEL. Es que *l'amour et l'aryant ils son fatses.* El dinero me repugna.

CONDE. ¡Y a mí!

DUQUE. ¿Sí, eh? Pues eso es todo lo que usté viene buscando. *(A doña Isabel.)* ¿Usté sabe a lo que ha ido a París? Pues a vender unos retratos de sus abuelos que era todo lo que le quedaba del castillo, de las torres y de los puentes.

CONDE. ¡Oh, oh!...

DUQUE. Y para poder llegar a París tuvo que dejar empeñao en San Sebastián hasta la palabra.

CONDE. ¡Isso sao mentiras!

DUQUE. Porque en el Casino se había jugao la caspa.

CONDE. ¡Isso sao mentiras!

DUQUE. Tengo los papeles.

CONDE. A vosa excellencia nao le importa mis intimidades.

ISABEL. Verdad o mentira, amigo Desi, el vil metal no ha de enturbiar la pureza de mi amor. Estoy por decirle, que casi prefiero pobre que encumbrado, a mi romántico doncel.

CONDE. Graças, rapariga amada. *(La beşa en la mano.)*

DUQUE. ¿Conque doncel romántico?

ISABEL. Y me basta con su amor.

DUQUE. ¿Con su amor, eh? Pues con el amor va usté a tener otro desengaño como con el dinero.

CONDE. Nao, isso sí que nao.

ISABEL. Detenga usted su lengua, Desi, y no profane nuestra pasión.

DUQUE. *(De improviso, encarándose con el Conde.)* ¿Y qué me cuenta usté de la Susana?

CONDE. *(Muy turbado.)* ¿De la Sussana? ¿De qué Sussana me habla?

DUQUE. ¡Mira qué rico! De la de «La verbena de la Paloma» no es precisamente.

ISABEL. ¡Ay, calla, calla, corazón, que me ahogas!

CONDE. Sussana... Sussana... Nao conozco a nenhunma Sussana.

DUQUE. ¿No conocía usté a una Susana que tenía un hotelito en la Ciudad Lineal y a la que dejó plantada en San Sebastián el mismo día que llegó para poder dedicarse a esta incauta?

CONDE. *(Turbadísimo.)* ¡Oh, oh!

ISABEL. Refuta esa calumnia, León, refuta.

DUQUE. No puede refutar ni rechistar, porque también tengo los papeles.

CONDE. Nao fagas caso.

ISABEL. Habla, habla... ¿No ves que me troncho como sutil florecilla abatida por el vendaval?

CONDE. Aventuras do solteiro, miña Issabel.

DUQUE. ¡Ja, ja, ja, ja! *(Con guasa. Pronunciando en vez de riendo.)*

CONDE. Miño coraçao será sólo teu. Seré tu escravo. Un manso cordeiro.

DUQUE. ¡Ja, ja, ja, ja!

ISABEL. ¿Por qué carcajea?

DUQUE. Por eso del cordeiro. *(A doña Isabel.)* ¿Usté sabe cómo las gasta aquí andóval? Pues cuando se pone celoso es una fiera. Pero una fiera de verdad, no como esas del Retiro, y tirando de pistola; porque tira de pistola por menos de un pitillo; va y dice: *(Imitándole.)* Los condes do Castello das doze Torres e doze Pontes, jamais permitieron manchas sobre su honor y si les cayeron, as lavaron con la sangre de la mujer adúltera...

CONDE. ¡Oh! As mesmas palavras.

DUQUE. La película tiene una segunda serie. Luego dice: «Si te sorprendiera en los brasos do otro home, de las seis balas que tiene esta pistola, cuatro para tu peito, una para el corazón del seductor y la última para la tapadera de los sesos...»

CONDE. ¡Oh!... ¡Es o diabo!...

ISABEL. Refuta, refuta y no te meses el cabello.

DUQUE. Que por cierto es teñido. Esa es otra.

CONDE. ¡Oh!... ¡También sabe o do cabello!... ¡O diabo!

DUQUE. Yo lo sé todo.

ISABEL. ¡Oh, qué horrible desengaño! ¡El pelo teñido!...

DUQUE. Y los dientes postizos.

ISABEL. ¡Ah!... *(Se desmaya.)*

DUQUE. Ahí la tiene usted. ¡Tronchada!

CONDE. Depois de esto eu necesito una reparaçao.

DUQUE. Un revoco en toda la fachada. De acuerdo. Por aquí se va a la calle.

CONDE. ¡Nos veremos! *(Sale furioso.)*

DUQUE. *(Sacudiendo a doña Isabel.)* Vuelva usté que se ha marchao... Vuelva usté que no vuelve... ¡No vuelve!... ¿Quiere usté que la afloje el corsé?... (¿Se callará porque no me oye o por que se le afloje?) Le morderé el dedo del corazón *(Lo hace.)*, que también está indicao.)

ISABEL. ¡Ay! *(Gesto de dolor.)*

DUQUE. ¿Ha vuelto usté?

ISABEL. ¡Qué horrible despertar!

DUQUE. ¿Ve usted como era un sinvergüenza?

ISABEL. ¡Me ha destrozado el alma! Después de este desengaño, no me queda más que el claustro o el panteón.

DUQUE. ¿Por qué? Se ha quedado usté sin un sinvengüenza, pero puede presentársele otro.

ISABEL. ¡Oh, la herida manará sangre perennemente!... ¡Qué desilusión!... Lo de rapariga namorada, paloma sin hiel, gacela y querubina, todo era mentira, falacia. ¡No venía por mí, sino por mis tres millones!

DUQUE. ¿Tres millones?

ISABEL. Sí... Tres millones mal contados, que es mi capital.

DUQUE. (¡Mi respetable madre!) Apóyese en mi brazo. Vamos a un balcón a que le dé un poco el aire.

ISABEL. ¡Ay, Desi, Desi!... ¡Qué daño tan grande me ha hecho usted, pero qué agradecida la estoy por haber desenmascarado a ese bribón!

DUQUE. ¡Es que hay cada fresco!... Apóyese. Apóyese... Parece mentira que haya hombres tan embusteros, con mujeres tan bonitas...

ISABEL. El piropeo, no. El piropeo, no, Desi, que mi corazón está lacerado.

DUQUE. Pues por eso. Hay que olvidarlo. No piense ya en ese desahogado. Déjese usted que yo le diga todo lo que se me ocurre al verla llorando por quien no se lo merece.

ISABEL. Bien. Le autorizo para que susurre a mis oídos algún que otro madrigal, pero discreto.

DUQUE. ¿Un madrigal?

ISABEL. Sí. Una frase ingeniosa y galante. Un delicado piropo.

DUQUE. ¡Ah, ya!... ¡Ay, negraza, qué bocao tienes en los abuelos!

ISABEL. Desi, Desi... No me diga esas cosas, que me desvanezco...

DUQUE. Vamos al balcón.

ISABEL. Sí. Vamos, que me falta el aire. Necesito un poco de frescura.

DUQUE. Será usted complacida... *(Saliendo por la izquierda.)* (¡Mira que tener tres millones y tenerlos mal contaos!...)

PETRA. *(Por el foro, dejando paso a Susana.)* Las señoritas han ido a misa. No pueden tardar. La señora estaba aquí y el señor ha entrado un instante antes que usted.

SUSANA. Pues... Avise al señor.

PETRA. Aquí está precisamente.

TRINI. ¿Eh?... ¡Susana!

SUSANA. Venía a visitar a su esposa, pero me dicen que está en misa.

TRINI. No... Sí... Retírese. *(Vase la doncella por el foro.)*

SUSANA. Parece que le sorprende mi visita.

TRINI. Me parece una imprudencia.

SUSANA. No tengas cuidado. Casualmente he conocido el pasado verano a tu familia en la playa de San Sebastián. Ignoraba que eran...

TRINI. Sí. Todo eso lo sé; pero lo juzgo peligroso.

SUSANA. ¡Ay, hijo, no pareces el mismo que me escribía desde la cárcel unas cartas tan fogosas!

TRINI. Es que en la cárcel era uno y en casa soy otro.

SUSANA. ¡Ingrato! ¡Con lo que yo he sufrido por ti!... Sales de la cárcel, y ni siquiera eres para ir a verme, sabiendo que había regresado, y yo, en cambio, vine a buscarte. Supe que te habías marchado, y en cuanto me entero de que has vuelto, vengo corriendo... y me recibes así... Como si estuvieras en huelga de brazos caídos.

TRINI. Mujer... Es que estoy en mi casa.

SUSANA. Es verdad... Perdona... Me doy cuenta de que me he propasado... Pero todo lo he hecho ciega de tu cariño. Por tener pretexto para verte. ¡Me has chiflado, chico, me has chiflado!

TRINI. *(Pavoneándose.)* No será tanto.

SUSANA. ¿No? Demasiado lo sabes... Si te he de ser franca, al principio me hacías poco tilín, pero tu acción me ha llegado al alma. ¡Qué hombre! ¡Pasar por mí por ladrón!... Ir a la cárcel... Sufrir allí encerrado... Créeme. Si el portugués no me planta, ya te lo he escrito, le planto yo. Tú, y sólo tu, ladronazo.

TRINI. ¡Mujer!...

SUSANA. Vamos. Aquí me tienes. Ya me puedes decir todas las cosas que me prometías en las cartas.

TRINI. ¡Y dale con las cartas!

SUSANA. ¡Pero si es que con ellas me has hecho perder el juicio! Tan pronto marchose, dicharachero, camelando con palabritas de postinero madrileño, como otras sentimental, con un corazón y una pena... Oye, dime bajito la copla del carcelero, que me hizo llorar...

TRINI. ¿La copla?

SUSANA. Sí. La de la carta del último día que estuviste en la cárcel.

TRINI. «A la puerta de la cárcel, no me vengas a llorar...»

SUSANA. Esa no, hombre. Aquella de: «Carcelero, carcelero, que con cerrojos me encierras...»

TRINI. No estoy ahora para coplas.

SUSANA. Pues yo, en cambio, me paso el día cantando: «Se metió en mi corazón, como un ladrón...» Pero, oye, dime, ¿cómo te has arreglado para no dar tu nombre en la cárcel y para que te pongan tan pronto en libertad?

TRINI. Es preciso que deshagamos este maldito equívoco. Yo no he estado en la cárcel.

SUSANA. *(Con desilusión.)* ¿No?

TRINI. No.

SUSANA. Pero, ¿cómo, si el Conde te dejó encerrado?

TRINI. Afortunada o desgraciadamente, había en la alcoba otro hombre.

SUSANA. Eso no es cierto. ¡Me calumnias! ¡Me ofendes! Yo no soy de esas mujeres que engañan...

TRINI. Sí, mujer. No tienes culpa ninguna. El otro, no había entrado por ti. Ya te lo explicaré despacio.

SUSANA. ¿Y está en la cárcel por ti?

TRINI. No. Ya ha salido.

SUSANA. ¿Y cómo me escribías las cartas tan pasionales?

TRINI. Yo no te he escrito nunca

SUSANA. ¿También las cartas eran del otro?

TRINI. También.

SUSANA. *(Con profunda desilusión, retirando una mano que tiene entre las suyas don Trinidad y separándose de él.)* ¡Ah!

TRINI. ¿Te desilusiona?

SUSANA. Si no ha estado usted por mí en la cárcel... Si las cartas tan bonitas no eran de usted...

TRINI. Pero en cambio, mi nombre está inmaculado... ¡Soy una persona decente!

SUSANA. ¡Bah!

TRINI. ¡Es el colmo!

SUSANA. Oiga usted. ¿El otro es joven... bien parecido?

TRINI. El otro es un verdadero, un auténtico apache.

SUSANA. *(Con interés.)* ¿Sí?

TRINI. Seguramente había entrado en el hotel dispuesto a cometer un crimen...

SUSANA. ¿Es un hombre de pelo en pecho?

TRINI. Además, es feo.

SUSANA. ¿Tiene cicatrices?

TRINI. Una así que le coge toda la cara.

SUSANA. ¿Y tatuajes?

TRINI. Un patíbulo que le ocupa todo el tórax... Pero dejemos esto. Siéntate.

SUSANA. No. Como no está su familia, no quiero que los criados murmuren... Si acaso, volveré luego.

TRINI. ¿Dónde vives ahora?

SUSANA. Provisionalmente, en una fonda. Pero no se moleste. Apenas paro en casa. Estoy en relaciones con un caballero de la aristocracia y podría usted comprometerme. Hasta después o hasta otro día.

TRINI. Susana... Escucha... Escuche usted...

SUSANA. Mis saludos a su familia... ¿Por aquí?

TRINI. Una palabra... *(Vase tras ella. En cuanto desaparecen, entran por la otra puerta doña Isabel y el Duque cogidos de la mano y muy amartelados. Se sientan muy juntitos sin soltarse las manos.)*

ISABEL. Sentémonos donde tú quieras.

DUQUE. No. Tú dirás.

ISABEL. De ningún modo. Lo que tú mandes.

DUQUE. La que manda eres tú. El esclavo soy yo.

TRINI. *(Entra y se queda estupefacto al ver el cuadrito.)* ¿Eh?

ISABEL. ¡Ay, mon fils! No sabes lo que le debes a Desi.

DUQUE. Lo sabe. Lo sabe.

TRINI. ¿Qué ha pasado con el portugués?

ISABEL. Desi, este hombre incomparable, ha desenmascarado a ese sinvergüenza.

TRINI. ¡Ah! ¿Sí?

DUQUE. Le he puesto en la calle para siempre.

ISABEL. Y yo le repudiaré hasta la eternidad.

TRINI. Gracias, Desi, gracias. ¡Eres un hombre!

ISABEL. ¡Es mi hombre!

TRINI. ¿Cómo?

ISABEL. Sí, Trinidad. Sí. Mi corazón que, aunque tarde, ha despertado, moriría si un nuevo amor no germinase en él.

TRINI. ¿Pero tú...?

DUQUE. ¡Seré tu suegro!

TRINI. ¿Tú? ¿Tú mi suegro? Basta, San Dimas de mi alma; basta.

ISABEL. Os dejo para que os expansionéis. Voy a quemar recuerdos de mi antiguo amor. De las cenizas, como del fénix, nace otro... Un amor que nace y un amor que muere. ¡Cuánta poesía! *(Mutis.)*

DUQUE. ¡Quién nos lo iba a decir! ¡Tú hijo mío!

TRINI. Pero, ¿es que se ha vuelto usted loco?

DUQUE. ¡Bah! No seas tan respetuoso. Te consiento que me sigas tuteando.

TRINI. ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! Hasta aquí hemos podido llegar, pero de aquí no pasamos. Ahora mismo te vas a la calle.

DUQUE. ¿Me crees a mí capaz de dejar destrozado el corazón de esa pobre mujer? ¡No! Ni por ti ni por ella. ¡Es tu mamá política!

TRINI. Sería el colmo. El delirio.

DUQUE. ¿Y tú eres el que predica moralidad?... Se te presenta ocasión de regenerar a un delincuente y le lanzas otra vez al arroyo, al fango..., al presidio tal vez.

TRINI. Pero, ¿es que voy a consentir que abuses de la chifladura de mi suegra para apoderarse de sus millones?

DUQUE. Si esos millones no fueran para ti, te importaría poco.

TRINI. No discutamos. Vas a salir por las buenas o por las malas.

DUQUE. ¡Ah! ¿Sí? ¿Amenazas a mí? Pues bien; se enterará tu familia.

TRINI. No me importa. He jurado enmendarme radicalmente. Si mi mujer se entera, será el merecido castigo a mi falta.

DUQUE. Bueno... Si te pones así... Dame diez mil duros en vez de cinco para marcharme a América.

TRINI. ¿Ahora diez? ¡Ya te contentarás con que os pague el pasaje a ti y a esa señora!...

DUQUE. Imposible. Ya te he dicho que se trata de una gran dama. Además, la pobre ha necesitado ir empeñando sus alhajas y se ve en un compromiso. Aquí tengo yo las papeletas para desempeñárselas.

TRINI. ¡Ah!

DUQUE. ¿Qué te pasa?

TRINI. ¡Es ella!

DUQUE. ¿Quién?

TRINI. ¡Susana!

DUQUE. ¿Qué Susana?

TRINI. La del hotel. Pero, ¿tú no la conocías?

DUQUE. No... Desde debajo de la cama sólo pude verle las pantorrillas. Muy bonitas, por cierto; pero no estaba para reparar en más...

TRINI. ¿No te enteraste de que yo iba a llevarle las alhajas desempeñadas?

DUQUE. ¡Arrea! ¿De modo que se trata de una vivales... que tiene una martingala?... ¡Qué lástima, porque me gustaba un horror!

PETRA. *(Haciendo entrar a Susana.)* Pase usted. Voy a avisar a las señoritas, que acaban de llegar.

TRINI. ¡Aquí la tienes!

SUSANA. ¡Oh!... ¡El Duque!

DUQUE. ¡La Susana!

TRINI. El encuentro es providencial. Señora, este caballero la va a desempeñar sus alhajas y con él puede usted marchar a América y emprender allí una nueva vida.

SUSANA. No... No puede ser... Antes, tal vez. Pero hoy, mi corazón está interesado por otro. Ya lo sabe usted.

TRINI. ¿Por el apache?

SUSANA. Sí. Vengo a que usted me indique dónde está. Quiero conocerle, regenerarle... ¿De qué se ríe usted?

TRINI. Puede ver reunidos sus ideales en una sola persona. ¡Este es el autor de las cartas que la han vuelto loca!

SUSANA. ¿El Duque?

DUQUE. Sí, señora. Yo soy.

SUSANA. ¿Usted un feroz criminal?

DUQUE. Pero, oye, ¿qué le has contado de mí?

TRINI. Nada, hombre. Te he hecho cartel.

DUQUE. Entonces, ¿me das los diez mil duros?

TRINI. Te daré cinco, y ya es dar.

DUQUE. Cinco para marcharme a América; pero, ¿y para desengañar a tu suegra?

TRINI. Te enviaré los otros cinco cuando ya estés allí.

SUSANA. Pero explíquenme ustedes... *(Se sienten las voces de doña Isabel, María y Encarnita, que se aproximan.)*

DUQUE. *(Llevándosela aparte.)* Luego. Ahora, diga usted a todo que sí, que hemos descubierto una mina de oro antes de llegar a América.

ISABEL. *(Saliendo con sus hijas.)* ¿Es nuestra amiga Susana?

MARIA. Hola, amiga mía. Ya nos han dicho que había usted venido. Nosotras estábamos en misa. Acabamos de llegar. *(Cambio de saludos.)*

DUQUE. Celebro que estemos todos reunidos para hacer debidamente la presentación de esta señora. *(Expectación.)* Susana es mi esposa.

TODOS. ¿Eh?

ISABEL. ¿Qué oigo? ¡Sueño o delirio es!

DUQUE. No, señora. Todo lo de antes fué una broma.

ISABEL. ¡Oh, qué cruel desengaño!

DUQUE. No. Nada de desengaño. Quería curarla a usted de lo del sinvergüenza del portugués, y como la mancha de mora...

MARIA. Pero, ¿cómo es su esposa Susana, y usted nos decía que estaba solo en el mundo?

TRINI. Porque su boda se celebró en América, para donde parten mañana mismo.

DUQUE. Trinito ha conseguido nuestra reconciliación.

TRINI. ¡Me siento tan feliz al ver dichosos a estos dos seres queridísimos!... ¡Todos felices y tranquilos! ¡Ah!

ISABEL. ¡Menos yo! Mi corazón manará sangre eternamente.

TRINI. No. Viajaremos. Se distraerá usted. Mañana mismo partimos para Italia.

ENCAR. ¡Ay! ¿Otro viaje? ¡Ahora que ha venido expresamente el papá de mi novio para pedir tu consentimiento!

TRINI. ¡Ah! ¿Ha venido su padre? ¿Ya no tengo que entenderme con el tío? ¡¡Que suba inmediatamente!!

DUQUE. Me retiro, o, por mejor decir, nos retiramos mi señora y yo. *(Mientras Susana se despide, se acerca a don Trinidad.)* Vengan esos cinco...

TRINI. Te los enviaré luego.

DUQUE. Ahora me refería a la mano. *(Se la estrecha.)* A ver si, ya que te he librado, te me tes en otra aventura...

TRINI. ¿En otra? ¡Cá! Ante los altares había prometido la más completa enmienda si salía con bien de este lío, y ya que se ha hecho el milagro, te aseguro que voy a dar ciento y raya al casto José.

DUQUE. Muy bien. Tú seguirás siendo una persona honorable y yo un sinvergüenza. ¿Lo ves? ¡Cuestión de nombre! *(Acaban de despedirse las señoras y el Duque da el brazo a Susana, a tiempo que cae el telón.)*

FIN DE LA OBRA

EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID